
REGRESO A LA
PATRIA
GEORGE H. WHITE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO.

Al entrar en la habitación de su hijo, doña Irene Polaris de Aznar se detuvo. Sus hermosos ojos negros, brillantes de maternal orgullo, acariciaron la bizarra figura del joven que se vestía ante el espejo.

"No se parece en anda a su padre. Es un Aznar de cuerpo entero", se dijo la primera dama de Valera.

Y era así, en efecto. A diferencia de su padre, que había sido de mediana estatura, rubio y de ojos azules, en Fidel Aznar volvían a darse los rasgos característicos de la familia: buena estatura, robustez, cabellos negros y ojos oscuros, narices aguileñas y barbillas enérgicas marcadas por un tradicional hoyuelo.

Fidel, viendo reflejada en el espejo la esbelta figura de su joven progenitora, se volvió con ademán impaciente.

-Vamos, mamá. ¿A qué aguardas? Dame esa casaca. ¿Qué dirán los irascibles almirantes de la Armada de su joven Superalmirante? No puedo hacerles esperar.

Doña Irene sonrió y cruzando la espaciosa habitación desplegó la casaca de brillante color rojo, profusamente adornada de cordones y entorchados de oro.

Fidel introdujo las manos en las mangas y doña Irene tiró de la prenda hacia arriba ajustándola a las anchas espaldas de su hijo. Luego, mientas el joven procedía a abrochar velozmente la botonadura de esmeraldas, la dama acarició las charreteras de acero azul en donde se veían engarzados cuatro grandes luceros tallados en gruesos brillantes.

-¿Qué piensas, mamá? -preguntó Fidel mirando al pálido rostro reflejado en el espejo.

-Pienso en tu padre. ¡Qué orgulloso se sentiría si pudiera verte ahora!

-No estoy yo tan seguro -repuso Fidel. Y mirando ceñudamente a la propia imagen que le devolvía el espejo agregó -: Todos los Aznares de nuestra familia que mandaron en "Valera" aportaron algún mérito para merecer el título de Superalmirante. En cambio yo... Me hace el efecto de estar aprovechándome de la superstición de los valeranos para ostentar un mando que en realidad no merezco.

-¿Por qué no has de merecerlo? -Protestó la señora Polaris -. ¿Acaso te consideras un almirante incompetente?

-No. Pero no fue por mi competencia por lo que a la muerte de papá se me ascendió al grado supremo que un hombre puede ostentar en las Fuerzas Expedicionarias Valeranas, sino por esa absurda creencia de que "Valera" será invencible en tanto marche a las órdenes de un

Aznar.

-Tonterías. ¿Te figuras acaso que el Estado Mayor que te nombró Superalmirante cree en esa superstición?

-Todos creemos un poco en esa leyenda, mamá. Incluso nosotros mismos, ¿no es cierto?

La señora Polaris rehuyó el encuentro de sus ojos con los de su hijo.

-Te recriminas inútilmente, Fidel -aseguró -. Aunque sólo tienes cuarenta y ocho años no eres inferior en ningún concepto a cualquier almirante de los que aspiraban al nombramiento de Almirante Mayor, a excepción quizás de la edad. Pero la deficiencia de tu juventud es un mal menor que el tiempo se encargará de remediar. Y en cuanto a méritos, no van a faltarte ocasiones de hacerlos en la próxima campaña contra los "sadritas".

-¿Crees que sabré mantenerme a la altura de las circunstancias, mamá? -preguntó Fidel. Y su ancha frente estaba plegada por una arruga de preocupación.

-¡Vamos, vamos...! -Regañó la señora Polaris moviendo su dedo amenazador ante el rostro de su hijo -. ¿Si resultará que no estás seguro de ti mismo? Eso es impropio de los hombres de tu sangre. Todos los Aznar fueron fanfarrones, audaces y terriblemente pagados de sí mismos. ¡Si lo sabré yo!

Irene Polaris se echó a reír y Fidel, contagiado de su optimismo, rió también cuando llamaban en la puerta con los nudillos.

La puerta de la habitación se entreabrió sin que Fidel llegara a dar la oportuna autorización para ello y por la abertura asomó el magro rostro del almirante Corona, antiguo amigo y colaborador del padre de Fidel y especie de ángel tutelar del joven Superalmirante.

-¡Hola, señora Aznar! -saludó Corona -. ¿Estás listo, Fidel?

-Ya he terminado -contestó el joven. Y tomando de una butaca el fastuoso casco de cristal dorado empenachado de multicolor cimera de plumas preguntó a su madre -: ¿No vienes a recibir al comandante redentor?

La señora Polaris meneó la cabeza en sentido negativo.

-Os estaré viendo por la televisión -dijo. Y ofreció su tersa mejilla a Fidel para que éste la besara.

Fidel Aznar abandonó la habitación reuniéndose con Corona.

-¿Cómo diablos le has retrasado tanto? -gruñó el almirante.

Y Fidel Aznar contestó:

-Un accidente incomprensible. Uno de los botones de la casaca se cayó.

Corona profirió un gruñido malhumorado en el momento que entraban en la cabina del ascensor.

-La representación redentora acaba de entrar en el "tubo" de admisión. Vamos a tener que darnos prisa para llegar a la Base antes

que su crucero.

El ascensor subió velozmente por el tubo, impulsado por el aire comprimido. Al detenerse el ascensor y abrirse automáticamente la puerta Fidel Aznar y el almirante Corona se encontraron en la azotea del Palacio Residencial.

Una veintena de elegantes "aerofalúas" y hasta un centenar de emperingotados generales y almirantes esperaban impacientes y malhumorados al Superalmirante. 1 El grupo ofrecía un espectacular golpe de vista con su profusión de brillantes uniformes, sus dorados cascos de ondulante cimera de plumas, sus galones y entorchados de rabiosos colores.

-Discúlpenme el retraso, señores -dijo Fidel mientras todos juntaban los talones y le saludaban militarmente -. Tendremos que darnos prisa para llegar a la Base a tiempo.

Y sin más ceremonia todos se pusieron en movimiento marchando cada uno a ocupar su navecilla.

Fidel trepó ágilmente al "aero-bote", seguido de Corona y cuatro o cinco oficiales más que fueron a ocupar los asientos detrás del apuesto Superalmirante.

Mientras la nave se elevaba echando a volar sobre Nuevo Madrid, Fidel preguntó a uno de sus ayudantes por la representación redentora.

-Deben estar para salir del "tubo" -contestó el contralmirante Donato.

Fidel Aznar miró a tierra a través de los cristales de la ventanilla. La falúa, en su raudo vuelo por el cielo de "Valera", dejaba atrás los suburbios de la urbe y sobrevolaba los tupidos y exuberantes bosques de los alrededores en dirección a la inmensa explanada de la Base Sideral que se divisaba en la distancia.

Desde su bote, Fidel podía ver las magníficas autopistas que conducían a la Base atestadas de vehículos que marchaban en su misma dirección.

Los grandes sucesos eran escasos en aquel tranquilo mundo que se encerraba en el interior de un planetillo hueco y por esta razón, al anunciarse la llegada de una representación de las Fuerzas Expedicionarias Redentoras, todos los habitantes de Nuevo Madrid y las ciudades próximas que tuvieron la suerte de pillar un coche se dispusieron a trasladarse a la Base Sideral donde tendría lugar el acontecimiento.

En verdad que el acontecimiento de hoy era de aquellos que hacían historia. La almirante Medina, comandante de las Fuerzas Expedicionarias Redentoras, iba a llegar de un momento a otro para entrevistarse con el Almirante Aznar, comandante del autoplaneta "Valera" y de las Fuerzas Expedicionarias Valeranas.

El primer contacto entre las flotas había tenido lugar ocho días atrás cuando una flotilla de cruceros valeranos se encontraron, muy lejos de su base, con otra flotilla que se identificó como perteneciente a una gran flota de autoplanetas redentores.

A partir de aquel feliz momento, avisadas por sus respectivos exploradores, el gigantesco orbimotor "Valera" y la flota redentora habían comenzado a aproximarse uno a otro.

Hoy, al cabo, las dos fuerzas se hallaban reunidas y sus respectivos comandantes disponíanse a saludarse materializando así el deseo de dos grandes fracciones de una misma raza que, procedentes de puntos muy distantes entre sí, se daban la mano en las proximidades de las fronteras del Reino del Sol.

Ahora, desde la lujosa "aerofalúa" que le conducía al lugar de la cita, el Superalmirante Aznar podía ver la gigantesca Base Sideral de Nuevo Madrid con sus monótonas filas de buque siderales, sus miles y miles de automóviles y sus varios millones de valeranos allí congregados para asistir al encuentro.

La "aerofalúa" empezó a descender volando sobre la muchedumbre que agitaba un mar de pañuelos. La navecilla, seguida de su cortejo, alcanzó la gran explanada que las fuerzas de policía se esforzaban en mantener libre de curiosos.

Cien mil soldados "robot" del Ejército Valerano estaban formados allí en impecables filas constituyendo la parada más espectacular que de muchos años a esta parte se había dedicado a personaje alguno.

Otro nutrido grupo de generales y almirantes, todos vistiendo sus llamativos uniformes de gran gala, esperaban al almirante mayor y a su acompañamiento. Fidel Aznar echó pie a tierra.

En este momento escuchábanse un clamor ensordecedor de la multitud.

En el cielo de "Valera" acababa de aparecer una fila de puntos brillantes que, centelleando bajo los rayos del sol, se acercaba en majestuoso vuelo.

Fidel Aznar se tiró nerviosamente de los faldones de su casaca roja y se arregló la daga mirando a su alrededor como un maestro de ceremonias preocupado por el temor de que los asistentes al festival no quedaran satisfechos del buen aspecto de la parada.

La parada, en realidad, había sido montada con todo cuidado y nada faltaba allí de cuanto pudiera dar lustre y belleza al acto; uniformes de brillante colorido..., estandartes ondeando al viento..., refulgir de de instrumentos metálicos...

Un clarín dio el agudo toque de atención cuando la comitiva de "aerofalúas" visitantes sobrevoló la apretujada muchedumbre. Se hizo un impresionante silencio...

La esbelta falúa en donde tremolaba el estandarte de la almirante

Medina se detuvo y empezó a descender verticalmente hasta posarse suave en el suelo, a veinte pasos de distancia de donde aguardaban el almirante mayor y los altos jefes del Ejército y la Armada valeranos.

La puertecilla de la falúa se abrió y la banda de música rompió a tocar la marcha de Infantes en tanto Fidel Aznar avanzaba al encuentro del personaje que acababa de saltar al suelo.

Fidel Aznar se vio ante una mujer rubia que vestía un uniforme casi idéntico al suyo; calzones azul celeste con galón rojo en las costuras, altas botas de cuero también rojo y ajustada casaca escarlata con cinturón de oro y daga con empuñadura de piedras preciosas.

Un casco dorado rematado de ondulante cimera de plumas se levantaba sobre un rostro joven de nariz ligeramente respingada, labios rojos y centelleantes ojos azules. La almirante Sofía Medina, según los datos obtenidos por Fidel Aznar, contaba a la sazón más de un siglo de edad, sin embargo, no representaba más allá de unos treinta.

Fidel Aznar y Sofía Medina se detuvieron a dos pasos de distancia llevándose al mismo tiempo los dedos a la visera de sus dorados cascos. Luego, Fidel dio un paso adelante con la mano extendida.

-Bienvenida al Orbimotor Valera, almirante -pronunció con voz fuerte.

Un reportero gráfico, salido no se sabe de dónde, inmortalizó el apretón de manos disparando su cámara fotográfica al tiempo que centelleaba el "flash".

-Me siento muy honrada en saludarle, almirante Aznar -dijo la almirante Medina con seca entonación -. Permítame que le presente a mis colegas y colaboradores.

La almirante volvióse hacia el grupo de generales y almirantes que se habían apeado de las "aerofalúas" yendo a situarse tras ella. Durante un par de minutos Fidel escuchó nombres y estrechó manos viendo desfilar ante sí una sucesión de rostros totalmente desconocidos. -

-Permítame -dijo a su vez cuando su colega terminó las presentaciones - presentarle a mi Estado Mayor.

Siguieron otros cuatro o cinco minutos de presentaciones y apretones de mano. La cordialidad de los altos jefes de las Fuerzas Expedicionarias Valeranas pareció estrellarse contra la ostensible frialdad de sus colegas de ambos sexos de las Fuerzas Expedicionarias Redentoras.

Esto era algo que los valeranos no esperaban y los dejó un tanto cortados y sorprendidos.

Los dos grupos se contemplaron en silencio mientras a su alrededor sonaba el trueno ensordecedor de los aplausos de la muchedumbre. Fidel Aznar, sintiéndose molesto y embarazado, señaló la larga fila de lujosos automóviles eléctricos que aguardaban allí cerca para

trasladarles a la capital.

-Sus excelencias nos honrarán accediendo a compartir nuestros coches en el viaje hasta Nuevo Madrid.

La almirante Medina, arrogante y desdeñosa, se dejó conducir hasta el automóvil en cuya portezuela de cristal dorado destacaban los cuatro grandes luceros de cuatro puntas distintivo del comandante en jefe del autoplaneta "Valera".

Ella se acomodó en el confortable asiento posterior y Fidel lo hizo a su lado. El coche era un modelo descapotable, descapotado para esta memorable ocasión.

-Adelante, Luis -dijo Fidel al joven que empuñaba el volante después de asegurarse que el resto del séquito ya estaba acomodándose en los restantes coches de la caravana.

El automóvil arrancó con el silencio y la suavidad que caracterizaba a las máquinas de "Valera", cruzó el espacio acotado por las tropas y las fuerzas de policía y se deslizó lentamente por la brecha abierta entre la multitud. Escuchábanse gritos de "¡Viva el Superalmirante!" y “¡Viva la almirante Medina!" entre vítores a "Valera", a Redención y a las Fuerzas Armadas de ambas flotas.

La caravana pasó por entre el gentío, dejó atrás la zona donde estaban aparcados millares y millares de automóviles y tomó la magnífica autopista de Nuevo Madrid, flanqueada a uno y otro lado de una hilera de coches parados y de hombres y mujeres que agitaban en el aire sus pañuelos.

-Me pregunto -dijo la almirante Medina volviendo a sentarse después de haber contestado con fríos movimientos de cabeza a los vítores de los valeranos - si no hubiera sido todo más sencillo y más cómodo si en vez de hacer el viaje en automóvil hubiéramos continuado en nuestras falúas hasta Nuevo Madrid.

-Evidentemente -contestó Fidel un poco incomodado -. Sólo que hay que considerar que los valeranos tenían derecho a manifestar públicamente la alegría que les produce nuestro encuentro con la flota redentora.

Sofía Medina no contestó. Sus grandes y graves ojos todo eran mirar a un lado y a otro a los grandes bosques, los ríos y los encantadores lagos que iban dejando atrás.

Fidel Aznar respetó este silencio de su colega. Comprendía perfectamente su admiración y felicidad al encontrarse de nuevo en un mundo "real". Un mundo dotado de sol propio, con montañas y valles, con ríos y con mares, con bosques y praderas, con pájaros y con flores...; este mundo viviente y feliz privilegio de los valeranos, envidiado por los redentores que por espacio de 40 años habían estado surcando el espacio encerrados entre las férreas paredes, los férreos techos y los férreos pisos de sus grandes autoplanetas.

-¿Le sorprende nuestro mundillo? -preguntó Fidel halagado de la admiración que despertaba en su acompañante.

-¿Por qué había de sorprenderme? -fue la brusca respuesta de la almirante Medina -. Acaso la realidad supera todo cuanto se ha dicho de él, pero la verdad es que todos hemos oído hablar desde nuestra niñez de este autoplaneta... sin contar las veces que le hemos visto a través de películas y documentales.

Fidel no contestó. Le desconcertaba aquella mujer con su actitud fría e indiferente. El joven consideró que si él hubiera estado más de 40 años viviendo en aquella especie de colmena metálica que era un autoplaneta, se habría sentido henchido de felicidad y alegría al penetrar en el radiante mundo de "Valera".

El desprecio a las maravillas del fabuloso orbimotor era casi una ofensa dirigida contra él, que era su comandante en jefe. Fidel Aznar, pues, se encerró ahora en largo y enfurruñado silencio.

El automóvil, mientras tanto, rodaba por la estupenda autopista en dirección a los esbeltos rascacielos de Nuevo Madrid que se divisaban centelleando como espejos en la distancia.

-Dígame, almirante -dijo la almirante Medina -. ¿A cuánto asciende exactamente el número de "omegas" de su Armada Sideral?

-A doce mil quinientos millones de aparatos, exactamente.

Las azules pupilas de la almirante Medina se dilataron esta vez a efectos de la admiración.,

-¡Doce mil quinientos millones! -exclamó.

Y Fidel remachó, complacido de haber dicho algo que al fin era capaz de sacudir la indiferencia de su colega:

-Divididos en doscientas cincuenta flotas con cincuenta millones de "Omegas" cada una. ¿Cuántos aparatos "delta" ha traído usted?

-Doscientas flotas.

-No es mal número.

-Es que... -la almirante Medina se humedeció sus rojos labios con el extremo de la lengua -nuestras flotas sólo constan de diez millones de "deltas" cada una.

-¡Dos mil millones de aparatos! -exclamó Fidel, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para no echarse a reír -. ¿Cómo pudieron pensar en derrotar a la Armada Sadrita con un número tan ridículamente pequeño de aparatos? ¿Olvidan acaso que han transcurrido más de veinticinco siglos desde que los terrícolas evacuamos nuestros planetas, y que en este tiempo los "sadritas" han tenido tiempo de sobra para formar la más poderosa armada que hayamos conocido jamás? Incluso con mis doce mil quinientos millones de "omegas" veía yo difícil aniquilar a esos bichos... ¡Y usted venía a darles guerra con sólo dos mil millones! Realmente el Gobierno redentor es muy optimista.

-El Gobierno redentor -cortó la almirante Medina - suponía que al llegar aquí nos encontraríamos con el autoplaneta "Valera". También suponía que, habiendo partido "Valera" de Nahum antes que llegaran allí los exilados de la Tierra que marcharon con el almirante Aznar, en este orbimotor se desconocería todavía la nueva arma de "luz sólida". Nuestro viaje, por lo tanto, no tenía más misión que dar a conocer en "Valera" esta nueva arma y dirigir como expertos en ella la campaña contra los Hombres de Titanio.

-¡Oh, comprendo! -exclamó Fidel echándose a reír -. Y me congratula anunciarle que somos verdaderos expertos en la utilización de la nueva arma de "luz sólida". La verdad es que mi abuelo y mi padre llegaron a Nahum con tiempo de salvar a las Fuerzas Expedicionarias Valeranas de una comprometida situación, dieron a conocer el nuevo tipo de arma y se valieron de ella para derrotar estrepitosamente al Imperio Milenario de Nahum. Como verá no creo que ustedes tengan nada que enseñarnos a propósito de la nueva táctica derivada de la utilización de la "luz sólida".

-¿Quién sabe? -repuso la almirante Medina -. Evidentemente, es una suerte que "Valera" haya reorganizado su Armada y su Ejército con arreglo a la nueva técnica de combate, ya que nos ahorramos muchos años de espera y preparación. Sin embargo, las órdenes que traigo desde Redención son terminantes en este punto; el comandante de "Valera" quienquiera que fuere, deberá relegar su cargo en la persona del comandante en jefe de las Fuerzas Expedicionarias redentoras.

Fidel Aznar creyó no haber comprendido a lo pronto.

-¿Cómo dice?

-Está claro, almirante Aznar. Usted es ahora el comandante de "Valera", y yo soy como sucesora del almirante Urbizábal el actual comandante de la expedición redentora, por lo tanto, usted deberá entregarme a mí el mando del orbimotor juntamente con todas sus fuerzas armadas.

Una ducha fría cayendo sobre la cabeza de Fidel Aznar no hubiera dejado a éste más paralizado de lo que le dejaron aquellas inesperadas palabras.

-¿Está..., está hablando en serio? -tartamudeó temiendo alguna burla cruel de parte de aquella enigmática mujer.

La almirante Medina desabrochó uno de los botones de esmeralda de su casaca roja e introduciendo la mano por la abertura extrajo un sobre de forma alargada que entregó a Fidel.

-Véalo usted mismo. Esta es una copia fotográfica del despacho. El original, grabado en plancha de titanio, ha quedado en mi autoplaneta "Insignia" y estará a su entera disposición si usted insiste en comprobarlo.

Fidel Aznar dio vuelta entre sus temblorosos dedos a aquel maldito

sobre sin atreverse a abrirlo. Mientras tanto, la caravana de lujosos automóviles llegaba a los arrabales de la ciudad, en donde eran esperados por una multitud delirante de entusiasmo.

Fidel levantó sus ojos hasta las frías pupilas de la almirante Medina, la cual le contemplaba fija y retadoramente. El joven, entonces, soltó un gruñido y abriendo decididamente el sobre extrajo un papel que desdobló y leyó rápidamente.

"A la recepción de la presente orden, el comandante en jefe del orbimotor "Valera" delegará el mando..."

Los caracteres bailaban furiosa zarabanda ante los absortos ojos del Almirante Aznar. No consideró necesario examinar los numerosos sellos y las firmas del documento, ya que no le cabía duda de la legalidad de aquel despacho. Su presentimiento, al fin, no le había fallado.

Nunca consideró seguras sobre sus hombros las charreteras del almirante mayor de la Armada, así que no podía sentirse llamado a sorpresa. Sin embargo, no pudo evitar aquel sentimiento de desolación y amargura que le invadió de pronto. ¡Postergado! ¡El, el almirante mayor de la más potente Armada Sideral que conoció el orbe... postergado por una advenediza en obra y gracia de una orden emitida desde centenares de miles de millones de kilómetros de distancia!

.

CAPITULO II.

.

En pie sobre el automóvil, sosteniendo todavía entre sus dedos aquel papel que le deponía automáticamente de su cargo, Fidel Aznar correspondía mecánicamente a las aclamaciones del público aglomerado a ambos lados de la carretera hasta el Palacio Residencial.

Aturdido, abrumado por la nueva que acababa de llegar a sus manos, el joven Superalmirante apenas tenía conciencia de lo que hacía. La multitud era ante sus ojos una masa gris y uniforme. La Plaza de España, grandiosa en sus proporciones, se le antojó un pozo oscuro y sombrío estremecido del continuo rugido de la multitud.

Al echar pie a tierra ante las escalinatas del Palacio Residencial, el almirante Corona se le acercó y preguntó:

-¿Qué ocurre, muchacho? ¿Te encuentras mal?

Fidel le tendió en silencio el despacho que acababa de entregarle la almirante Medina. En la agitación y el ruido este sencillo acto pasó desapercibido para el resto de los encopetados almirantes y generales que se movían en torno a Fidel.

El joven Almirante mayor condujo a la almirante Medina hasta la

batería de ascensores. Algunos altos jefes de la Armada valerana entraron con ellos en el ascensor, pero no el almirante Corona.

Don Abel Corona se quedó rezagado leyendo atónito aquel despacho. El almirante Quesada le alcanzó y preguntó.

-¿Qué es eso, don Abel?

Corona le entregó el papel y echó a andar a grandes zancadas en pos del grupo que desaparecía por los anchos portales del palacio. En cuanto a Quesada, leyó a su vez el despacho, dejó escapar una sonora maldición y dio el papel a otro compañero...

La almirante Medina miraba a un punto indeterminado del techo de la cabina y el resto de los tripulantes del ascensor, por respeto, guardaban silencio a su vez.

La carrera del ascensor fue breve. Las puertas se abrieron automáticamente y todo el grupo salió en pos de Fidel Aznar.

Fidel guió a su huésped hasta el salón de conferencias.

Este histórico salón, en donde se habían tomado las determinaciones más graves de la historia de "Valera", repercutibles todas ellas en la historia del Mundo y el destino de la Humanidad, era de proporciones no muy grandes, a la medida de unas necesidades que en los tiempos de su construcción eran sólo de alcance limitado.

Una recia mesa alargada ocupaba el centro de la estancia bajo las pesadas arañas de cristal y bronce. A todo lo largo de las paredes colgaban los retratos de los hombres y mujeres que en su día mandaron el fabuloso orbimotor y ocuparon la cabecera de aquella larga mesa, empezando por aquel legendario Fidel Aznar del que el joven y actual comandante llevaba el nombre y apellido.

Fidel señaló a la almirante Medina el sillón de la presidencia.

-Luego -dijo ella advirtiendo que estaban llegando los demás jefes de la comitiva.

Y quitándose el casco dejó al descubierto su dorada melenita acercándose a uno de los retratos.

La almirante Medina, despreocupándose en absoluto de los almirantes y generales que iban entrando cuchicheando entre sí, fue a situarse ante la fotografía del último Miguel Ángel Aznar, el padre de Fidel.

Ella, con su pequeña estatura, las manos en la espalda, el cuerpo ligeramente echado hacia adelante y los pies muy separados uno de otro, asoció en la mente de Fidel la imagen de aquel Napoleón que aterrorizó al mundo en los albores de la historia de la Humanidad.

Mientras tanto iban llegando en grupos los generales y almirantes del Estado Mayor General de "Valera".

La noticia de la destitución de Fidel, ordenada desde los lejanos mundos de la galaxia redentora, parecía haberse extendido con la velocidad de un reguero de pólvora.

El almirante Corona entró seguido de cuatro o cinco jefes de los más prestigiosos en el seno del Estado Mayor, se fue derecho a donde estaba Fidel y le cogió de un brazo.

-Ven conmigo, tengo que hablarte -le dijo en voz baja. Y le arrastro hasta uno de los rincones más apartados del salón de conferencias.

Fidel miró atribulado a los furiosos rostros de sus colaboradores.

-¿Qué le contestaste a Medina luego que te entregó esa nota? -le preguntó Corona.

-Nada. ¿Qué podía decirle?

-¿No habrás pensado resignarte a acatar esa absurda orden, verdad?

-¿Y qué otra cosa puedo hacer? -repuso Fidel encogiéndose de hombros -. Destruida la Confederación de Planetas Terrícolas, el Gobierno de Redención es el único que existe con potestad sobre nuestro orbimotor. Negarse a acatar esa orden sería tanto como proclamarse en rebeldía.

Don Abel Corona hizo un además exasperado.

-Vamos, vamos. No saquemos las cosas de su quicio, muchacho. Acaso se te puede acusar de desobediencia, pero en modo alguno de rebeldía. ¿No vamos a luchar contra los "sadritas" en beneficio del Gobierno de Redención? ¿Pues qué puede importarle a los redentores que seas tú o la almirante Medina quien ostente el mando de nuestras fuerzas, si al fin todos perseguimos el mismo objeto?

-A ella puede importarle -dijo Fidel señalando con la cabeza a la mujer que seguía contemplando hipnotizada el retrato del último comandante de "Valera" -. Y en tal caso, si insiste en tomar el mando, no veo que podamos hacer otra cosa sino someternos y acatar su jefatura.

En aquel momento, la almirante Medina se apartaba del retrato y cruzaba el salón para ocupar la cabecera de la mesa. Fidel hizo una seña a su Estado Mayor. Almirantes y generales fueron a ocupar sus asientos, permaneciendo muchos de ellos de pie por falta de sitio alrededor de la mesa.

Sofía Medina preguntó a Fidel si no creía conveniente enterar a su Estado Mayor del contenido de su despacho.

El almirante Corona, anticipándose a Fidel Aznar, contestó agriamente que el Estado Mayor valerano ya estaba enterado de todo, y que no podía por menos de manifestar su enérgica repulsa a la orden emanada de un Gobierno situado a mil "años luz" de distancia.

-Nosotros -terminó diciendo Corona - no discutimos los derechos del Gobierno redentor a destituir hasta el último mono de "Valera", si es su capricho hacerlo. ¡Pero que lo haga cuando "Valera" regrese a Redención, no en estos momentos en que nos disponemos a emprender una campaña a vida o muerte contra los Hombres de Titanio!

Los altos jefes del Estado Mayor valerano aprobaron con gruñidos y enérgicos movimientos de cabeza las palabras de Corona. Un general, don Fernando Aguilar, tomó a su vez la palabra para demostrar a sus colegas redentores la manifiesta inoportunidad de aquel relevo de mando.

Las Fuerzas Expedicionarias Valeranas, dijo Aguilar, constituían un núcleo disciplinado y aguerrido en torno a la popular figura de su jefe supremo, el almirante Aznar. Las unidades valeranas tenían su peculiar forma de combatir, como sin duda ocurría con las fuerzas expedicionarias redentoras. Tenían una táctica propia, un carácter propio y, si mucho se le apuraba, también un genio propio.

-A las Fuerzas Armadas valeranas no les gustará saber que su caudillo ha sido postergado por una simple orden emanada de un Gobierno remoto en flagrante desconocimiento de causa -terminó diciendo el general -. El desconcierto, el malhumor y la indiferencia se apoderarán de nuestros oficiales. Ellos creen firmemente que sólo el almirante Aznar, y nadie más que él, podrá conducirles a la victoria neta sobre nuestro aborrecido enemigo.

-He oído hablar de esa historia -dijo Sofía Medina -. Naturalmente, no es más que un mito que yo me encargaré de desacreditar conduciendo a "Valera" a la victoria, por más que mi apellido sea Medina, y no Aznar como impone la tradición de este planetillo.

-Muy segura se muestra usted de sí misma -repuso Corona con no disimulada causticidad -. ¿Contaba de antemano con la aportación de "Valera"... o pensaba bastarse y aun sobrarse con sus propias fuerzas?

-Naturalmente -dijo la almirante Medina enrojeciendo - contaba con las Fuerzas Expedicionarias Valeranas. Nuestra Flota de autoplanetas es demasiado vulnerable a los rayos de "luz sólida" del enemigo... Estaban descontados como arma de ataque desde mucho antes que zarpáramos de Redención.

-¿No es curioso que viniendo ustedes a reforzarnos seamos nosotros quienes tengamos que cederles la dirección de las futuras operaciones? ¿Qué fue exactamente lo que inspiró en los gobernantes de Redención la idea de relevar a nuestro almirante mayor?

La almirante Medina volvió a sonreír como quien se encuentra pisando otra vez terreno seguro. Explicó las causas que motivaron aquella determinación. En Redención se creía que los exilados de la Tierra que marcharon a Nahum con el almirante Aznar, llegarían demasiado tarde para encontrarse con "Valera" e introducir en éste la nueva arma de "luz sólida".

Como el empleo de esta arma implicaba también una táctica revolucionaria en el combate, el Gobierno de Redención creyó indicado sustituir al comandante de "Valera", quienquiera que fuere, por un comandante experimentado en la nueva arma y la nueva

técnica guerrera.

-Sin embargo -apuntó Corona - ha quedado de manifiesto que "Valera" posee esa arma junto con todos los conocimientos tácticos inherentes a la utilización de ella. Estamos preparados para atacar a los "sadritas" en cualquier momento a partir de ahora. Por lo tanto, si ha desaparecido la causa que instigó esa disposición, es obvio que debe quedar sin efectos la orden de relevo.

-No lo considero yo así. El despacho de que soy portadora no ofrece dudas en cuanto a su interpretación. Es una orden tajante lo mismo para el almirante Aznar que para mí. A él se le ordena transferirme el mando. A mí se me ordena tomar el mando. Creo que está bastante claro.

-¡Pero si ya ha dejado de existir la razón que aconseja ese relevo de mando! - protestó el almirante Corona con acento exasperado.

La almirante Medina levantó desdeñosamente los hombros.

-¿Quién sabe? -contestó -. Puede haber otras razones que justificaran esa disposición. La verdad es que "Valera" lleva muchos milenios dando tumbos de un lado a otro del Universo sin acercarse por los planetas redentores. El Gobierno de Redención tiene motivos para creer que a bordo de este orbimotor se ha creado una estirpe de reyezuelos independientes que se han arrogado a sí mismos el derecho de disponer a su antojo de "Valera" llevándolo de un lado a otro, haciendo la guerra aquí y poniendo en peligro la seguridad de esta máquina allá, sin molestarse en rendir cuentas de sus actos a nadie. Me refiero a la familia Aznar, bien lo saben ustedes. Y el Gobierno redentor quiere que esto acabe. "Valera" tiene que regresar a Redención, y seré yo misma quien lo conduzca allá.

La almirante Medina descargó un enérgico puñetazo sobre la mesa, siguiendo a continuación un silencio hosco preñado de resentimiento.

-¡Es lo último que nos faltaba oír! -barbotó el almirante Corona soltando un bufido -. ¿Si resultará que hemos estado haciendo viajes de placer desde la Tierra a Nahum y de Nahum a la Tierra?

Fidel Aznar, considerando que la discusión entraba en un terreno que iba a llevarles muy lejos por el camino de las recriminaciones y justificaciones mutuas, asió por un brazo a su leal amigo y consejero.

-No siga por ahí, don Abel -rogó -. Se lo suplico. Si alguna vez hemos de dar explicaciones, las daremos ante el propio Gobierno de Redención en su día y hora. El asunto que nos ocupa en este momento es otro completamente distinto. Con motivos o sin ellos, resulta evidente que la orden es inapelable y debo transferir el mando a la almirante Medina.

-¡Tú no relegarás el mando a nadie! -bramó Corona -. ¡O el Estado Mayor General en peso presentará su dimisión!

-¡No aceptaré dimisiones de nadie! -chilló a su vez la almirante

Medina descargando otro puñetazo sobre la mesa.

-No puede obligarnos a que nos sentemos a esta mesa con usted, si nosotros no queremos hacerlo -gritó un general.

Y la almirante Medina contestó:

-En campaña, y frente al enemigo, sí puedo obligarles. ¡Y puedo fusilarles también por rebeldía!

Los altos jefes del Ejército y la Armada de "Valera" dieron un respingo unánime. En el breve silencio que siguió pudo escucharse distintamente un furioso rechinar de dientes.

-¡COMO! -bramó el almirante Corona -. ¿Se atreve usted a amenazarnos a NOSOTROS? ¿Quién se figura que tiene en sus manos al Ejército y a la Armada de este planetillo?

Sofía Medina se puso violentamente en pie, pero Fidel Aznar la atajó con un imperioso ademán.

-Calma, amigos..., calma -aconsejó poniendo su mano sobre el brazo de Corona -. Creo que todos nos estamos dejando llevar de nuestros nervios. Ni la almirante Medina puede fusilar a todo nuestro Estado Mayor General... ni nosotros podemos hacer uso de nuestra fuerza contra su excelencia. Todo cuanto se vocifere en este sentido son palabras vanas que no conducen a ninguna parte. ¿Estamos de acuerdo?

, - ¡Que su excelencia pruebe a poner su mano sobre uno de nosotros y verá a dónde puede conducirle su insolente orgullo! -rugió Corona haciendo pedazos el papel que conservaba en sus manos.

La almirante Medina, cuyas claras pupilas parecían arrojar fuego, abrió sus rojos labios para decir algo.

-Perdone, excelencia -la atajó Fidel con un ademán -. Creo que, puesto que soy yo el almirante a cesar en su cargo, es a mí a quien corresponde emitir mi opinión. ¿No es eso?

-Hable usted -concedió la mujer secamente.

-Muy bien, amigos -dijo el joven volviéndose hacia el círculo de torvos rostros que le rodeaba -. No hay más que discutir. Un lucero de más o de menos sobre mis hombros no merece la pena de que se arme una guerra civil de la que todos habríamos de arrepentimos. Al fin y al cabo, ¿qué importa quién mande nuestras Fuerzas Armadas combinadas? Somos aliados en una causa común contra un enemigo común. Que mande la señora Medina... que mande yo, ¿qué importancia tiene?

Un murmullo de disgusto se levantó del grupo que formaban los altos jefes de las Fuerzas Armadas valeranas.

-Fidel -dijo Corona con grave entonación -. Piensa que quizá no puedas volver jamás al puesto que hoy abandonas sin lucha. Si tanto da que mandes tú o mande la almirante Medina, ¿por qué has de ceder tú, que ya ocupas la suprema jefatura?

-Mi querido amigo -contestó Fidel -. Uno de los dos tiene que ceder, y de los dos soy yo quien está obligado a hacerlo.

-¿Por esa estúpida orden de Redención?

-El desacato a esa orden puede implicar tanto como que seamos declarados rebeldes.

El almirante Corona se acarició pensativamente la barbilla. Luego, miró detenidamente a sus silenciosos colegas.

-Muchacho -dijo clavando sus pupilas en las de Fidel -. No he consultado a los compañeros, pero aun así creo hacerme eco del sentir general asegurándote que si decides oponerte a esa orden nosotros estaremos incondicionalmente a tu lado.

-No -contestó Fidel rápidamente -. No. Jamás consentiré que por mi culpa acometan una locura tal como sería desafiar a la autoridad de nuestro Gobierno.

Corona dejó caer una mirada cargada de furia sobre la almirante Medina.

-Como tú quieras, muchacho -suspiró abatiendo los hombros -. Como tú quieras.

Fidel se volvió hacia la almirante Medina a tiempo de ver en las pupilas de ésta un fugaz relámpago de triunfo. Ella pudo suavizar en aquel momento el vivo sentimiento de antipatía que había despertado entre los miembros del Estado Mayor General valerano, sólo con alabar públicamente el buen sentido de que daba muestras su colega y rival.

En vez de esto, como si Fidel Aznar no hubiera hecho más de lo que debía, volvió a dejarse caer en su sillón y dijo secamente.

-Perfectamente. Ahora podemos tratar nuestros planes de campaña. Naturalmente, firmará usted su dimisión, almirante Aznar.

-Nada de eso -repuso Fidel enérgicamente -. Soy, un comandante destituido, no dimitido. Acato temporalmente esta orden, pero nada más. Ahora, con el permiso de su excelencia, voy a retirarme.

-Tiene ese permiso -repuso la almirante Medina. Y deteniendo con un gesto a algunos de los generales y almirantes que se encaminaban hacia la puerta, añadió -: Pero nadie más puede marcharse. Tenemos muchos asuntos que tratar.

Fidel Aznar pasó por entre sus silenciosos y ceñudos colegas abandonando el salón para regresar a sus habitaciones particulares.

La señora Polaris, que ocupaba un cómodo diván frente al aparato televisor, se puso en píe al verle entrar y exclamó:

-¡Fidel! ¿Qué te ocurre, hijo? Estás muy pálido.

A Fidel le hubiera gustado en aquel momento ser todavía un niño para poder echarse a llorar. Nunca supuso que el cargo de almirante mayor significara tanto para él.

Fidel Aznar relató a su madre lo ocurrido y preguntó:

-¿Crees que hice mal?

-Hijo, ¿qué es lo que te dice tu conciencia? -preguntó la dama.

-Bastaba ver a la almirante Medina para comprender que estaba decidida a hacer cumplir las órdenes que traía. Si yo me hubiera negado a obedecer, ella habría apelado a la fuerza y nos habríamos visto obligados a reducirla por la violencia. Creo que eso nos hubiera acarreado graves consecuencias en el futuro.

-Sí, no cabe duda -murmuró la señora Polaris, que también en su tiempo había ostentado el grado de almirante mayor de las Fuerzas Armadas valeranas -. Hiciste bien, hijo mío. Te costará al principio acostumbrarte a tu nueva condición de almirante mayor postergado, pero al menos podrás vivir con la conciencia tranquila.

-Cuando "Valera" regrese a Redención... -empezó diciendo Fidel. Pero luego abatió los hombros y sacudiendo la cabeza añadió -: ¡Bah! No merece la pena hablar de ello. Todavía ha de transcurrir medio siglo antes que volvamos a Redención.

-Y pueden ocurrir muchas cosas antes de eso -aseveró la señora Polaris -. Dime, Fidel. ¿En qué situación quedas tú ahora? ¿Te nombran segundo comandante... continúas en el Estado Mayor..., o simplemente te ponen al mando de una flota?

Fidel contestó que no lo sabía, ni le importaba saberlo en aquellos instantes.

-Me siento terriblemente cansado -aseguró dejándose caer en una butaca.

La señora Polaris, que en otros tiempos había vivido una experiencia semejante, era sin duda la más indicada para comprender el estado de ánimo por que atravesaba su hijo.

-¿Qué te parece si nos fuéramos a pasar un par de semanas en aquella casita de los Montes Cárpatos? -propuso la dama.

Fidel Aznar reflexionó. Conocía la casa de los Cárpatos valeranos. El Gobierno Militar de "Valera" había cedido de por vida a la ex almirante mayor, doña Irene Polaris, para que pudiera refugiarse en ella huyendo de la curiosidad de las gentes. Más tarde, Irene Polaris se había casado con el almirante mayor y había vuelto a las habitaciones que antes ocupara en el Palacio Residencial de Nuevo Madrid.

-Supongo que tendremos que ceder estos departamentos a la almirante Medina -murmuró Fidel. Y decidiéndose de pronto agregó -: Sí, creo que es lo mejor que podemos hacer por el momento. Vamos a preparar las maletas.

Y en esta tarea le sorprendió el almirante Corona cuando dos horas más tarde entró en el apartamento que por siglos había ocupado la familia Aznar.

-Sí -aprobó Corona al saber de los proyectos de Fidel -. Un descanso en las montañas te favorecerá ahora. Escucha, muchacho. He

reflexionado más despacio acerca del asunto y comprendo las razones que te impulsaron a abandonar tu cargo. Ahora que he hablado con esa advenediza y la conozco mejor, sé que no hubiera vacilado en promover una guerra civil sólo por darse el gusto de vernos colgar por rebeldes cuando regresáramos a Redención.

Fidel preguntó a su amigo y consejero si se había hablado algo a propósito de la situación en que él iba a quedar ahora.

-No se habló nada acerca del asunto -dijo Corona -. Naturalmente ella no puede degradarte ni tampoco desterrarte. No te preocupes de eso por ahora. Ve a descansar en las montañas y olvídate de todo.

Media hora más tarde, acompañados de Corona y un pequeño grupo de sus adictos, Fidel Aznar y su madre llegaban a la azotea del Palacio Residencial para tomar una "aerofalúa".

-Corona -dijo la señora Polaris al almirante -. ¿Querrá usted poner un radiograma a Miguel Ángel diciéndole dónde hemos ido? Quizá se preocupe inútilmente al enterarse de lo ocurrido.

Miguel Ángel Aznar era el segundo hijo de la señora Polaris, 15 años más joven que Fidel. Miguel Ángel, capitán de fragata de la Armada Sideral valerana, se encontraba a la sazón operando en el espacio con su 220 flota.

-Descuide, señora Aznar -Corona siempre llamaba a doña Irene por el nombre que había llevado en vida del Superalmirante Aznar -. Avisaré a esa calamidad de hijo suyo.

Fidel tomó por sí mismo los mandos de la falúa, contestó al marcial saludo de sus amigos con un movimiento de su mano y se elevó por encima de sus airosos remates de los rascacielos de Nuevo Madrid.

Como no tenía verdadera prisa voló despacio, recreándose en la contemplación de los ubérrimos bosques y los encantadores lagos que iba encontrando en su ruta,

Los Montes Cárpatos, formidable barrera de montañas, fue surgiendo al fin a través de la neblina vaporosa que los ardientes rayos del sol artificial valerano levantaban de la tierra húmeda. Fidel había tenido pocas ocasiones en su vida de gozar de la Naturaleza. Así que se consoló en cierta medida de su pena diciéndose que ahora, al menos, podría realizar muchas de sus ilusiones que las responsabilidades de su cargo le habían obligado a ir demorando para un "más tarde" que no llegaba nunca.

Cuando Fidel y su juvenil progenitora volaban sobre los Cárpatos valeranos, la radio de abordo interrumpía su programa de música moderna para dar cuenta del relevo de mando efectuado en las Fuerzas Expedicionarias.

.

CAPITULO III.

.

Allí, en el impresionante paisaje de los Montes Cárpatos, Fidel Aznar se encontraba a sí mismo y extraía de la meditación y el tranquilo decurso de los días un reconfortante sentimiento de resignación filosófica.

Al fin, se decía, no era tan grave lo que le había ocurrido. No era un Almirante mayor destituido y desacreditado por sus propios colegas, sino la víctima de una absurda e impopular decisión de un Gobierno extraño a los problemas del autoplaneta. Aunque con una estrella menos en sus charreteras seguía siendo un almirante en activo, contaba con el aplauso de sus amigos y tenía de su lado las simpatías y el afecto leal de 140 millones de hombres y mujeres.

Aunque estaba solo en la casa con su madre, Fidel no vivía completamente distanciado del mundo. Cada día varios amigos y antiguos colaboradores charlaban con él por televisión y le daban cuenta de las noticias y chismes del momento.

Con frecuencia recibía la visita de algunos de sus compañeros, pese a encontrarse éstos muy atareados con los preparativos de la campaña que pronto iba a comenzar. Y luego escuchaba los programas de radio y televisión.

Por aquellos días, las emisoras de "Valera" daban relato tras relato y documental tras documental con detalles de los últimos adelantos científicos, la forma de vida y la portentosa evolución del pensamiento humano en aquellos lejanos planetas redentores habitados por una rama de la familia terrícola.

Según se desprendía de las interviús televisadas, de los documentales y artículos radiofónicos, los valeranos vivían en tremendo y conmovedor atraso respecto a los redentores.

Una de las peculiaridades de "Valera" era que sus tripulantes, al viajar por el espacio a velocidades próximas a la de la luz, experimentaban un sensible retraso en el transcurso de su tiempo, vivían más despacio, en "auténtica cámara lenta", aunque a ellos no se los pareciera, resultando de este fenómeno que mientras "Valera" hacía un viaje de ida y vuelta desde Redención a la Tierra, en Redención transcurrían más de 2.000 años mientras los valeranos sólo habían vivido noventa.

Durante unos días, mientras "Valera" seguía frenando el tremendo impulso cobrado en su fantástica carrera a través del espacio y acortando la distancia que todavía le separaba del Sol, el tema de los progresos redentores ocupó la mayor parte de los programas televisados de "Valera".

Luego, a medida que ambas expediciones se acercaban a las

fronteras del Reino del Sol, otro tema de mayor actualidad acaparó las charlas y los programas televisados.

"Valera", acompañado de la flota de autoplanetas redentores, alcanzaba la órbita de Plutón, la auténtica frontera del Reino del Sol.

Valeranos y redentores estaban al fin donde deseaban estar. La guerra, guerra -de aniquilación total según rezaba en la orden del día de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, iba a comenzar en breve.

Y para templar el ánimo y avivar el recuerdo de las huestes vengadoras, en "Valera" y en los autoplanetas redentores se proyectaban viejos documentales de lo que fue en otros tiempos la invasión de los "sadritas".

Desde su tranquilo refugio de las montañas, Fidel Aznar pudo ver en su pantalla de televisión un pequeño pulpo en donde lo más notable era un gran "ojo" formado de un mosaico de ojos hexagonales, rodeado de un faldellín cartilaginoso rematado de cortas patas.

Aquel pequeño ser de grotesca y primitiva constitución era el "sadrita", la criatura extraterrestre que expulsó a la Humanidad de sus planetas de origen obligándole a dejarlo todo para emprender penoso y forzado exilio hacia Nahum y los planetas redentores.

-¿Parece increíble, verdad? -preguntaba la voz del invisible comentador de la película.

Y a continuación se mostraba a la primera embajada "sadrita" que fue a conferenciar con los terrícolas. En aquella ocasión los "sadritas" eran unos grotescos muñecos metálicos de estatura aproximadamente igual a la de un hombre corriente. Estos muñecos tenían dos brazos y dos piernas como los "robots" construidos por los terrícolas. También tenían manos de cuatro dedos.

Lo más notable de estos muñecos animados era el gran ojo amarillo del frente de la esfera que les servía de cabeza. Los terrícolas creyeron en un principio que los "sadritas" eran seres de aspecto parecido al de la criatura humana, los cuales se enfundaban en armaduras metálicas por alguna razón desconocida.

Más tarde se demostró que "todo" el hombre que había dentro de los muñecos era aquel pulpo repugnante cuya naturaleza de Titanio demostraron los sabios terrícolas.

Los "sadritas", aunque simples pulpos, tenían una inteligencia sobrehumana. Ellos debieron entrar en contacto alguna vez con los "Hombres Grises" u otra raza de configuración semejante a la humanidad de la Tierra.. Los "sadritas", deficientemente dotados por la naturaleza en cuanto a su forma física, debieron reconocer que el Hombre tenía mayores aptitudes para desarrollar toda suerte de trabajos. Y entonces le copiaron.

Sencillamente, construyeron una máquina igual a los muñecos "robot" de los hombres, y se alojaron en el interior de ella tripulándola

de forma parecida a como los hombres tripulaban un automóvil, una aeronave o una grúa.

El pulpo alojado en la cabeza del muñeco miraba a través de una ventanilla provista de cortinilla metálica, y empuñando con sus múltiples patitas los mandos de la máquina hacía que ésta andará, saltara, se inclinará y realizara todos los movimientos que eran exclusivos de los hombres y los monos.

Este era el "sadrita".

La llegada del "sadrita" fue tan inesperada como espectacular. Vinieron ellos tripulando una flota de autoplanetas y contaban como flotilla exploradora con unos pequeños aparatos en forma de herradura que volaban a extraordinaria velocidad impulsados por rayos de "luz sólida".

El primer encuentro fue fatal para los terrícolas. Los rayos de luz que lanzaban los "Omegas" extraterrestres atravesaban como si fuera papel las recias corazas de "dedona" de los buques de guerra de los terrícolas.

La Confederación de Planetas Terrícolas se encontró de pronto inerme frente a los terribles dardos de luz del invasor. La Armada Sideral que había derrotado sucesivamente a los "Hombres de Silicio", a los "nahumitas" y a los "Hombres grises", no pudo impedir que los "sadritas" se establecieran en Urano.

El mundo tembló.

Mientras la Armada Confederada se apresuraba a rearmar sus buques de proyectores de "luz sólida" copiados de los "sadritas", los sabios terrícolas descubrían que la humanidad de titanio de los "sadritas" era incompatible con la humanidad de carbono de la raza terrícola.

Los "sadritas" no podían vivir bajo el sol que era fuente de luz y energía para los terrestres.

Y entonces, cuando los terrícolas acababan de rearmarse, ocurrió la catástrofe.

Los "sadritas", que habían prometido a los terrícolas no abrigar sentimientos hostiles contra sus vecinos, lanzaron un gigantesco proyectil contra el Sol y lo transmutaron en un sol de naturaleza distinta, altamente perjudicial para los hombres y las plantas de la tierra.

Los terrícolas tuvieron que evacuar apresuradamente sus planetas habitados (Venus, la Tierra y Marte). Antes de marcharse, no obstante, la Armada Sideral de la Confederación dio una gran batalla a la flota de los "Hombres de Titanio".

La victoria obtenida por los furiosos terrícolas en el espacio, desgraciadamente, no pudo hacerse extensiva a Urano. El ejército no pudo desembarcar y la flota de grandes autoplanetas terrícolas zarpó

finalmente con la doble amargura de haber perdido su reino y tener que dejar en él a un aborrecido enemigo que, con el tiempo, se multiplicaría y expandiría su poder haciéndose más fuerte de día en día.

En la actualidad, el Alto Mando Combinado ignoraba si los "sadritas" habían ocupado otros planetas además de Urano, cuál era el desarrollo logrado por aquellas criaturas en los siglos transcurridos, y si tenían una Armada Sideral tan fuerte como era de presumir.

Los terrícolas, en realidad, lo ignoraban todo acerca de los "sadrita", excepto que estaban allí y no tardarían en dar señales de vida.

Una tarde de aquellas, el mismo día que el autoplaneta "Valera" alcanzó la órbita de Plutón, el almirante Corona y otros dos colegas visitaron a Fidel Aznar en la casita que éste ocupaba con su madre en las montañas.

Entre otras cosas, Corona confirmó las noticias que Fidel ya tenía acerca de algunos cambios en el mando de la titulada Flota Expedicionaria Combinada.

En un principio la almirante Medina había propuesto reunir las dos flotas y hacer una nueva distribución de fuerzas que comprendería 483 flotas con 30 millones de "cazas" cada una.

-Naturalmente, nuestros almirantes protestaron -dijo Corona -. La intención de la señora Medina de equiparar a sus almirantes con los nuestros, era demasiado descarada y fue rechazada de plano.

En resumen, y después de varias tentativas infructuosas de los redentores encaminadas a nivelar la diferencia de fuerzas existente entre las dos Armadas, las flotas habían quedado como estaban al principio. La única concesión de los valeranos fue que algunos de sus almirantes más jóvenes pasaran a la Armada redentora, en tanto otros más antiguos iban a ocupar puestos de los jóvenes en las flotas valeranas.

-Así -terminó diciendo Corona - resulta que tenemos una gran Armada con almirantes antiguos, y una pequeña Armada con almirantes bisoños. La Armada pequeña, o sea, la redentora, quedará como reserva en sus autoplanetas base y emprenderá a partir de mañana un cursillo intensivo para el estudio de las operaciones tácticas de apoyo a las fuerzas de desembarco.

-Nuestra Armada está perfectamente adiestrada en el apoyo de las Fuerzas de Tierra -apuntó Fidel -. ¿Por qué no se nos confía esa misión y se envía a la Armada redentora a luchar en el espacio contra los "sadritas"?

-Parece que los aparatos "delta" de los redentores se adaptan mejor que nuestros "Omegas" a las condiciones de vuelo reinantes en las capas bajas de una atmósfera. De todas formas, a los redentores les vendrá bien ese cursillo de instrucción. Debido a que sus planes

estaban supeditados a la casualidad de que nos encontráramos aquí, ellos no se ocuparon mucho de estudiar los problemas tácticos de una futura invasión. Naturalmente, ellos jamás soñaron en poder desembarcar en Urano por sí solos, sin ayuda de nuestro Ejército Autómata.

-Nuestros muchachos podrán dar a sus colegas redentores muy buenas lecciones de Logística -aseguró Fidel -. Sacamos experiencia en Nahum.

Y Corona contestó:

-Eso esperamos. Más para estar más seguros les daremos un maestro calificado en esta clase de operaciones; es decir, tú.

-¿Cómo? -preguntó Fidel creyendo no haber entendido bien.

Corona remató:

-Se te ha nombrado almirante jefe de esa fuerza, la que de ahora en adelante llevará el nombre de Fuerza de Apoyo Táctico Especializada.

Fidel Aznar no supo qué contestar a lo pronto. Desde luego, le sorprendía que le hubieran distinguido con un cargo que implicaba el mando de una fuerza de 2.000 millones de aparatos de combate, asumiendo buena parte de la responsabilidad en el éxito de los desembarcos que seguirían a la victoria de la Armada Sideral en el espacio... si había victoria.

-No creas que fue fácil conseguir este nombramiento para ti -dijo el almirante Corona -. Hubo quien hasta consideraba excesivo darte el mando de una flota sideral, pero al fin tuvieron que acceder a cambio de otras concesiones nuestras. Como puedes ver, todavía tienes buenos amigos.

Fidel Aznar contestó agradeciendo a sus amigos el apoyo unánime que en todo momento le habían prestado. -Temí que se sintieran resentidos contra mí por haber abandonado el mando de "Valera" sin lucha -explicó.

-Todo lo contrario, muchacho... Todo lo contrario. Fue una suerte para todos que tu buen sentido prevaleciera sobre toda conveniencia personal. Creo que nada hubiera gustado tanto a doña Sofía Medina como hallar un pretexto para declararnos rebeldes y echarnos a todos de nuestros puestos. Afortunadamente hemos podido conservar nuestras posiciones, y así, alentar la esperanza de verte restituido algún día a tu antiguo puesto de Almirante mayor. Creo que debieras aceptar este nuevo nombramiento.

-Lo acepto con mucho gusto -aseguró Fidel -. ¿Cuándo deberé tomar posesión oficial del cargo?

-Ahora mismo -repuso Corona. Y extrajo del pecho un sobre alargado que entregó a Fidel.

Fidel Aznar leyó por encima el pliego que contenía el sobre y alzó sus sorprendidos ojos hasta el rostro de su amigo.

-El conducto quizá pueda parecerte irregular -dijo el almirante Corona - pero es así como se han entregado todos los nuevos nombramientos. A la almirante Medina, supersaturada de las ideas progresistas redentoras, le enojan esas vistosas ceremonias oficiales a que tan aficionados somos los valeranos.

-Aquí dice que deberá tomar el mando de las fuerzas inmediatamente.

-Esta mañana cruzamos las fronteras del Reino del Sol -contestó. Corona -. No es pues fantástico suponer que recibiremos la visita de los "sadritas" de un momento a otro. Todos los almirantes recibieron hoy su nombramiento para que tomen el mando de sus respectivas fuerzas y estén listos para entrar en acción en cualquier momento a partir de las doce de esta noche.

-Muy bien -repuso Fidel -. En tal caso marcharé con ustedes a Nuevo Madrid.

El almirante Corona se mostró muy complacido de llevarle como pasajero en su propia "aerofalúa". Fidel no entretuvo más que los minutos indispensables para meter alguna ropa y objetos personales en una maleta y despedirse de su madre.

Mientras volaban en dirección a la capital de "Valera", Corona y sus colegas iban imponiendo a Fidel de los planes elaborados por el Estado Mayor General.

Las patrullas exploradoras que salieron dos semanas atrás todavía no habían regresado a la base. Obrando en cautela, el Estado Mayor General habíase propuesto llevar a "Valera" hasta las proximidades del planeta Urano sin desmembrar sus fuerzas de apoyo.

"Valera" mismo, con su recia corteza de "dedona", era el mejor ariete que las fuerzas terrícolas pudieran desear en aquel momento. Quizá los "sadritas" se presentaran de un momento a otro con una fuerza sideral tan potente como los terrícolas no hubieran soñado jamás.

En caso de ocurrir así, "Valera" sería el puerto de refugio más seguro de la Armada Expedicionaria hasta comprobar en qué medida habían acrecentado su poderío los Hombres de Titanio. Los rayos de "luz sólida" por muy penetrantes que fueran, jamás podrían atravesar la cáscara de aquel fabuloso planetillo con sus 100 kilómetros de espesor.

Fidel Aznar no tuvo crítica que oponer a esta medida. En realidad, él mismo había sustentado la teoría de que "Valera" debía penetrar en el Reino del Sol sin destacar ninguna fuerza antes de asegurarse que la Armada Sideral del enemigo no era muy superior a los 12.500 millones de aparatos que los valeranos podían poner en liza en un instante.

Otra cosa muy distinta eran los 200 autoplanetas o "discos volantes"

traídos por los redentores, los cuales no podían ser introducidos en "Valera" y corrían eminente riesgo de ser víctimas de los rayos de "luz sólida" del enemigo.

-En caso de ser atacados por los "sadritas" -dijo el almirante Corona - los discos volantes se posarán sobre la superficie de "Valera" y cooperarán con las baterías antiaéreas a la defensa de nuestro orbimotor.

Poco después, Fidel Aznar se apeaba de la "aerofalúa" en la terraza del Palacio Residencial. Por una feliz coincidencia, un aerobús de la Armada Redentora disponíase a partir con un contingente de almirantes y generales de los destinados recientemente a la Fuerza de Apoyo Táctico Especializada.

Fidel se despidió de sus amigos y, llevando su maleta como cualquier otro soldado, ocupó el asiento en el aerobús, el cual se puso en marcha inmediatamente.

Un largo tubo, capaz de contener al mayor de los acorazados de la Armada Sideral valerana, atravesaba la corteza de "dedona" de "Valera" comunicando el pintoresco mundo interior del planetillo con el espacio exterior.

La flota de autoplanetas estaba anclada en una órbita de satélite alrededor de "Valera" girando en torno a éste a una distancia de 500 kilómetros. Eran unas máquinas gigantescas, de 12 kilómetros de longitud por uno y medio de grosor. Pertenecían a la serie denominada "transportes de tropas", y eran de forma lenticular; circulares y de cantos afilados.

Fidel Aznar sabía que estas máquinas habían sido creadas expresamente para llevar la guerra desde el lejano Redención al Reino del Sol, estando dotados, por lo tanto, de defensas especiales contra la terrible acción de los rayos de "luz sólida" que todo lo atravesaban.

En contra de los autoplanetas corrientes, los cuales albergaban en su interior una ciudad completa con sus rascacielos, sus calles y plazas, estos autoplanetas sacrificaban la belleza y algo de la comodidad de los modelos convencionales en beneficio de la propia seguridad de sus habitantes.

La travesía del espacio desde "Valera" al autoplaneta "Maracaibo" que era el que enarbolaba la insignia almirante de la flota, fue más breve e infinitamente más cómodo que uno de aquellos viajes en los antiguos tranvías del siglo XX.

A bordo del "Maracaibo" no esperaban a Fidel Aznar ninguna brillante parada militar ni otro espectáculo ruidoso y multicolor de aquellos que tanto gustaban a los valeranos.

Seis personajes, dos de ellos mujeres, le aguardaban a la salida de la esclusa por donde entró el aerobús. De ellos, Fidel sólo conocía al almirante Montalbán, el cual había estado hasta poco antes al mando

de una flota valerana.

-Hola, Montalbán -saludó Fidel -. ¿Qué hace usted aquí? Perdone la pregunta, pero estoy algo despistado con todo este trasiego de mandos.

-He tenido el honor de ser ayudante suyo, señor -repuso Montalbán. Y señalando en primer lugar a una joven vicealmirante de extraordinaria belleza indicó -: Permítame presentarle a estos colegas; vicealmirante Sofía Urbizábal, su auxiliar de usted. Vicealmirante Custozza, comandante de este autoplaneta, contralmirante Lyser, piloto de la escuadra, contralmirante Ana María Ribeiro, segundo de a bordo, y general José María Sepúlveda, enlace con las fuerzas del Ejército Autómata.

Fidel Aznar estrechó sucesivamente la mano a cada uno de los hombres y mujeres que le eran presentados, fijándose especialmente en Sofía Urbizábal por poseer ésta encantos muy personales que le hacían destacar del resto del grupo. Ella bien merecía que se la mirara más de una vez, ya que unía a su portentosa belleza morena una espléndida figura.

-¿No nos hemos visto antes, verdad? -le preguntó Fidel.

-No es probable -contestó la vicealmirante Urbizábal con una lucecilla maliciosa bailándole en el fondo sus negras pupilas -. Recién acabo de regresar de Redención, y ni siquiera me he movido de este autoplaneta para visitar ese delicioso mundo que dicen que es "Valera".

-La señorita Urbizábal es hija de la almirante doña Sofía Medina, señor -apuntó Montalbán un poco embarazado.

Fidel Aznar contempló ahora a la gallarda vicealmirante con redoblada curiosidad. No experimentó desencanto alguno, aunque tampoco le alegró saber que era hija de la mujer que se manifestara como su enconada rival.

-Será un placer para mí tenerles por íntimos colaboradores -aseguró el joven ex Superalmirante. Y vio, no sin ligero sobresalto, cómo la señorita Urbizábal esbozada una ligera e irónica sonrisa.

Montalbán propuso a Fidel visitar la cámara de derrota del autoplaneta, lo cual equivalía según su opinión a la ruidosa toma oficial de mando que no había llegado a celebrarse.

Un par de automóviles eléctricos esperaban cerca de la salida de la esclusa. En el interior del autoplaneta y en cada uno de sus SO pisos superpuestos, los corredores nunca medían menos de 12 metros de anchura, suficientes para tolerar un tráfico bastante regular.

Los diferentes pisos se comunicaban unos con otros por medio de ascensores, escaleras y rampas construidas expresamente para los automóviles. A trechos regulares se veían unas gigantescas compuertas estancas forradas de dos hojas corredizas de "dedona" que podían

cerrarse a voluntad del comandante del buque con sólo apretar un botón eléctrico en el "puente de mando", que era como se llamaba también la cámara de mando.

Esas esclusas tenían por finalidad impedir que el oxígeno contenido en el interior del autoplaneta escapara al exterior por los agujeros que en su casco pudieran practicar los terribles rayos de "luz sólida" del enemigo.

Las calles tenían luces de tráfico en las encrucijadas y aceras a ambos lados con puertas y ventanas, como si se tratara de una ciudad en donde un techo metálico substituyera al cielo, y los focos eléctricos a la luz y el tibio calor del sol.

Todo esto podía verlo Fidel Aznar mientras viajaba en uno de los automóviles eléctricos a través de los 6 kilómetros de "calle" que separaban la esclusa de admisión de la cámara de derrota situada en el corazón del autoplaneta.

El tráfico por los amplios corredores del autoplaneta era muy inferior al de Nuevo Madrid, razón por la cual no invirtieron más de unos breves minutos en recorrer los 6 kilómetros y entrar en la cámara de derrota, la cual formaba en realidad un enorme edificio circular que ocupaba el centro geométrico del piso 41.

Un oficial de la Armada corrió a abrir la portezuela del coche ocupado por Fidel Aznar, el almirante Montaban y la vicealmirante Urbizábal.

-¡Pronto, almirante Urbizábal! -exclamó el hombre agitadamente. Y agregó -: Una imponente escuadra enemiga ha sido avistada en ruta hacia aquí y se nos ordena ir a posarnos sobre la superficie de "Valera".

Sofía Urbizábal volvió sus negros y hermosos ojos hacia Fidel Aznar.

-Entendido -dijo Fidel saltando del coche a tierra -. Vamos allá.

.

CAPITULO IV.

.

La cámara de derrota del "Maracaibo", al igual que las del resto de los autoplanetas redentores, era de forma circular y medía unos veinte metros de anchura. El techo, en forma de cúpula, era en realidad una gigantesca pantalla de televisión formada por un mosaico de pantallas más pequeñas, que, en conjunto, venían a representar la bóveda celeste tal y como la vería un observador situado en medio de una plataforma que estuviera suspendida en vacío espacial.

En el centro de la sala se levantaba un estrado también circular,

rodeado de una especie de mostrador ante el que se sentaban los oficiales frente a sus series de botones, indicadores y pequeñas palancas, que mandaban por control remoto todos los recursos de aquella gigantesca y enormemente complicada máquina.

Cuando Fidel Aznar entró en la cámara de derrota la cúpula de ésta aparecía cuajada de millares de puntos luminosos que parecían crecer y aumentar constantemente de tamaño como si se acercaran a tremenda velocidad.

-¿Pantalla de televisión? -preguntó Fidel encaramándose al estrado circular del centro de la cámara.

-Pantalla radar, señor -contestó el oficial que había salido a recibirles y les precedió hasta la cámara.

-Pronto, pongan en marcha los motores. Custozza, usted es el comandante de navío ¿no? Encarguése de conducirlo hasta "Valera" lo más rápidamente posible. Montalbán -añadió volviéndose hacia su ayudante - ocúpese usted de ordenar al resto de la flota que retroceda apresuradamente hacia "Valera". ¿Dónde está el oficial de serviola?

-Aquí, señor -contestó un capitán volviéndose sobre su banco.

-¿En qué número calcula usted los efectivos de esa fuerza enemiga?

-Imposible saberlo, señor. Son millares de millones los "omegas" que vienen sobre nosotros.

-¿Así que son "omegas"? ¿Dónde está el oficial de la "deca"?

-Aquí, señor -repuso otro hombre volviéndose hacia el estrado.

-Ponga en acción todas nuestras, defensas.

-A la orden, señor.

Fidel Aznar, miró con el ceño fruncido a Montalbán y a Custozza, los cuales estaban disparando rápidas órdenes por sus respectivos teléfonos. Luego volvió a levantar sus ojos preocupado hacia la enorme cúpula suspendida sobre su cabeza.

Temió, y no se equivocó, que la maniobra de su flota no estuviera completa para cuando la primera oleada de aparatos enemigos llegara al alcance de sus cañones de "luz sólida".

-¿Qué velocidad traen esos aparatos, oficial? -preguntó al encargado del radar.

-Fantástica, señor. Apenas hace cuatro minutos que los descubrimos y ya han recorrido en ese tiempo ocho millones de kilómetros.

-¡Un millón de kilómetros por cada treinta segundos! -exclamó Fidel.

-Les tendremos encima antes de dos minutos, señor.

Fidel Aznar guardó silencio mirando a la cúpula. En ésta, las miríadas de diminutos puntos, parecida a una nebulosa o "vía láctea", iba ensanchándose velozmente y cubriendo toda la cúpula con una enorme mancha de luz fluorescente.

Fidel Aznar sintió frío. Hizo un esfuerzo por calcular, siquiera fuera

aproximadamente, el número de aparatos enemigos lanzados en feroz embestida contra "Valera" y su flota de 200 autoplanetas, pero desistió al primer intento.

Al fin y al cabo no importaba tanto ahora saber cuántos enemigos atacaban como buscar la forma de escapar a su tremenda embestida.

¿Escapar?

La flota de autoplanetas apenas había empezado a moverse y Fidel comprendió que no podrían llegar a "Valera" antes que los atacantes estuvieran encima de ellos.

"Vamos a tener que aguantar el chaparrón a cuerpo descubierto", se dijo.

Y llamó a la vicealmirante Urbizábal.

-¿Cuánta gente tenemos a bordo? -preguntó. -Trescientos cincuenta mil habitantes -contestó la joven, ligeramente pálida.

-No vamos a poder llegar a "Valera" antes que nos alcancen los rayos del enemigo -le confió Fidel -. Ordene a todo el mundo ponerse sus armaduras y escafandras de vacío. Que la gente desaloje los pisos superiores e inferiores y venga a guarecerse hacia las plantas de en medio. Haga también que se retiren de los corredores y habitaciones inmediatos a los muros de la nave... y a ver si alguien trae armaduras para nosotros mismos.

Sofía Urbizábal dio un salto hacia la batería de teléfonos y micrófonos de una mesa próxima.

Dos segundos más tarde, los cláxones de alarma atronaban los ámbitos todos de la gigantesca aeronave.

El tráfico quedó instantáneamente paralizado en los múltiples corredores, rampas y pisos de los doscientos autoplanetas de la flota. En todos ellos sonó simultáneamente la aguda voz de la vicealmirante Urbizábal repitiendo las órdenes recibidas del almirante Aznar.

Los tripulantes de los doscientos autoplanetas escucharon en silencio las órdenes que brotaban de los altavoces esparcidos por todas las dependencias de las naves.

"Repito. Todos los tripulantes, mujeres y niños, deberán proveerse de sus armaduras de vacío y evacuar..."

La gente no esperó a más. Cuarenta y cinco años de periódicos y regulares simulacros de alarma habían adiestrado perfectamente a los redentores. Cada cual sabía lo que tenía que hacer y lo ejecutó rápida e inteligentemente. El tráfico no volvió a reanudarse. Los automóviles quedaron abandonados donde estaban y sus tripulantes corrieron en busca de los ascensores y escaleras automáticas para dirigirse a sus respectivas habitaciones.

Aquellos que se encontraban demasiado lejos se encaminaron directamente a los puntos de concentración previstos para este caso. Mientras tanto en las habitaciones que formaban aquel gigantesco

avispero de metal, hombres, mujeres y niños corrían a embutirse en sus armaduras de "diamantina", las cuales, fallados todos los recursos de la aeronave, eran las únicas que podían ofrecer alguna garantía de seguridad contra la descompresión rápida, el frío o la asfixia por falta de oxígeno que se producirían en el caso que los rayos de "luz sólida" del enemigo atravesaran uno tras otro los férreos muros del autoplaneta.

Mientras, en la cámara de derrota del autoplaneta "Maracaibo", Fidel Aznar procedía a embutirse a su vez en la sólida armadura de "diamantina" que un soldado acababa de traerle.

-Señor, anunció un oficial telegrafista tendiéndole un teléfono -. Comunican de "Valera". Nos ordenan retirarnos hacia el autoplaneta y posarnos en su superficie.

-¡Al diablo "Valera"! -gruñó Fidel -. Sabemos lo que hemos de hacer. Señorita Urbizábal, ordene a toda la flota cerrar sus compartimientos estancos.

Sofía Urbizábal empuñó nuevamente el micrófono para transmitir esta orden.

En todas las cámaras de derrota de la flota sonó simultáneamente su tranquila voz:

-Del autoplaneta almirante al resto de la flota. ¡Cierren herméticamente los compartimientos estancos!

-Cambien pantallas radar a pantallas televisión -ordenó Fidel.

Un oficial movió un botón en su cuadro de mandos y la gigantesca pantalla en forma de cúpula se llenó de pronto de la vivísima luz de millones y millones de rayos luminosos que cruzaban el negro espacio en todas direcciones. Estos rayos procedían de las propias defensas del autoplaneta y se cruzaban en el lóbrego vacío espacial con los rayos de igual naturaleza disparados por el enemigo.

Las formidables defensas de "Valera" empezaron a disparar también en aquel momento, y en el mismo instante alcanzaron a la flota de autoplanetas los primeros rayos luminosos del enemigo. ¡Zumb!

Los impactos lumínicos del enemigo producían una extraña vibración metálica al atravesar como proyectiles las férreas paredes de "dedona" del casco de los autoplanetas.

¡Zumb! Zumb!

Por todas partes cruzaban las lanzadas de luz en los corredores y compartimentos estancos de los autoplanetas más inmediatos a los costados y el pecho de las grandes aeronaves. Estos fantásticos proyectiles luminosos pasaban a través de los muros de "dedona" y, en ocasiones, atravesaban sucesivamente veinte o treinta mamparos y tabiques de metal antes de perder fuerza y detenerse ante un nuevo obstáculo.

En todos los autoplanetas redentores los hombres sorprendidos en

los pisos superiores que no tuvieron tiempo de alcanzar las escaleras, fueron víctimas de la descompresión rápida producida por la fuga de aire a través de los agujeros abiertos por los rayos de "luz sólida". Deteniéndose bruscamente en su carrera, caían al suelo llevándose las manos a los oídos, mientras chorros de sangre brotaban por entre sus dedos y por sus bocas y narices.

En el puente de mando del "Maracaibo", los grandes cuadros de indicadores encendían y apagaban sus millares de luces ambarinas, rojas y verdes, avisando cada vez que se producía una fuga de aire, o cuando una batería de proyectores era apagada al recibir uno de aquellos dardos luminosos del enemigo.

Fidel Aznar estaba todavía endosándose su armadura de "diamantina", cuando la primera oleada de aparatos enemigos llegó sobre su cabeza.

Los "omegas sadritas", rápidas máquinas semejantes a los cazas valeranos que volaban a tremenda velocidad impulsados por la "luz sólida", dieron un prodigioso salto hacia arriba para evitar el choque contra la maciza mole de "Valera" y se alejaron virando mientras, oleada tras oleada, llegaban otros millares y millares de aparatos disparando sus mortíferos rayos contra la flota de autoplanetas y las defensas de superficie de "Valera".

En dos minutos, Fidel Aznar se vio con sus máquinas en el centro de una confusión tremenda, entre los rayos de los "omegas" enemigos y los rayos de igual naturaleza disparados desde "Valera".

Los "sadritas", ciertamente, no estaban escapando incólumes a la eficaz defensa antiaérea de "Valera" y de los propios autoplanetas redentores. En la mayoría de los casos cuando un "omega" tropezaba por decirlo así con un dardo luminoso, estallaba en el espacio como una bomba irradiando vivo y fugaz relámpago verdeazulado.

Los restos de estos aparatos, y aquellas máquinas que aunque tocadas no habían estallado, iban a estrellarse en continua granizada, ora sobre el polvoriento suelo de "Valera", ora contra el férreo techo de los autoplanetas. La batalla tan súbita y violentamente comenzada tenía todas las apariencias de un ataque duro y continuado, encaminado a eliminar de una vez y para siempre el mortal peligro que para los "sadritas" representaba aquella portentosa máquina con sus millones de habitantes, su potente Armada Sideral y las incontables huestes de su vengador Ejército Autómata.

"Valera" había sido atacado ya en muchas y anteriores ocasiones por otros enemigos recelosos de su extraordinario poder, pero el gigantesco planetillo siempre había hecho pagar caro estos intentos suicidas de eliminarle como base de las Fuerzas Armadas Expedicionarias Terrícolas.

Esta vez, sin embargo, el ataque iba bien dirigido y auguraba una

comprometida situación para "Valera" si éste no se apresuraba en hacer salir al espacio su formidable Armada Sideral. Porque de cuantas veces había sido atacado "Valera", éste había salido victorioso gracias a sus numerosas defensas exteriores y, principalmente, gracias a la robustez de las compuertas de "dedona" que cerraban los "tubos" de lanzamiento de su flota, únicos conductos de acceso al tranquilo y acogedor mundo que se albergaba en su interior hueco.

Pero hoy, la invulnerabilidad de las recias compuertas de "dedona" había pasado a la historia con la utilización de los rayos de "luz sólida" que todo lo atravesaban, incluso los muros de "dedona" de un metro de espesor.

Si los "sadritas" conseguían eliminar todas las baterías defensivas de la superficie de "Valera", ellos podrían con tiempo y con sus rayos de "luz sólida" abrir brecha en las puertas que conducían al interior del planetillo.

Y si esto ocurría con el gigantesco "Valera", inútil decir lo que sería de los 200 autoplanetas expuestos a aquella terrible lluvia de dardos luminosos.

-Telegrafista -ordenó Fidel Aznar -. Déme comunicación con la sala de derrota de "Valera".

El joven acabó de ajustar las distintas piezas de su armadura mientras le daban "línea" con "Valera".

-"Valera" al habla, señor.

Fidel tomó el teléfono, escuchando a continuación la recia voz del almirante Corona que decía:

-¡Hola, Fidel! ¿Cómo estáis, muchachos?

-Muy mal, don Abel -contestó Fidel secamente -. El final de estos autoplanetas estará irremediablemente sellado si no añadimos defensas para rechazar al enemigo. Solicito permiso para lanzar al espacio todos mis cazas.

-No te preocupes ahora por eso, Fidel, "Valera" está lanzando todos los suyos por el hemisferio contrario al que ataca el enemigo. Procura llevar tus autoplanetas a la superficie del planetillo.

-Eso intento hacer, señor -repuso Fidel. Y colgó el aparato ordenando al oficial encargado de la televisión -: invierta las pantallas, muchacho. Quiero ver lo que hay debajo de nosotros.

El oficial movió algunos mandos de su tablero de instrumentos y las imágenes de la gran cúpula desaparecieron siendo sustituidas por otras. Ahora podía verse el enorme y brillante disco de "Valera" a unos trescientos kilómetros de distancia. Millares de proyectores centelleaban allí blandiendo en el negro espacio sideral sus rayos luminosos como flamígeras espadas.

"Todo va bien", se dijo Fidel Aznar, "Los sadritas" no podrán apagar a la vez todos esos proyectores y abatir a nuestros 12.000 millones de

aparatos."

De pronto, una leve sacudida estremeció al "Maracaibo" de uno a otro extremo de su imponente mole.

-¡Atención! -gritó una voz a través de un altoparlante -. ¡Radiactividad en el piso uno y dos!

Fidel Aznar se volvió hacia el vicealmirante Custozza.

-¿Tenían ustedes en ese piso algún material desintegrable? -preguntó severamente.

-No, señor -repuso Custozza en el mismo instante que el "Maracaibo" volvía a estremecerse como sacudido por alguna explosión -. Como es natural habíamos previsto que los veinte o treinta pisos de arriba y abajo podrían ser alcanzados por los rayos de "luz sólida", de manera que todas nuestras bombas y torpedos atómicos los pusimos en el centro de la nave.

-¡Atención! -volvió a gritar el tornavoz -. Puerta estanca veintisiete B de la planta ochenta indica ABIERTO.

Fidel Aznar cruzó una mirada de perplejidad con el vicealmirante Custozza.

-¿Hay alguna forma de ver lo que ocurre allá? -preguntó Fidel.

Custozza hizo una seña a uno de sus oficiales.

-Podemos ver desde aquí casi todo lo que ocurre en los distintos compartimientos de nuestro buque -aseguró. Y señaló una de las pantallas de televisión situadas a la altura de las cabezas de los oficiales sentados ante el banco circular.

Una de esas pantallas se iluminaban en aquellos momentos y Fidel pudo ver uno de los anchos pasadizos del primer piso tal y como había quedado después de haber sido apresuradamente evacuado. En el centro de la "calle" se veían detenidos algunos automóviles eléctricos y, tirados aquí y allá, unos cuantos cadáveres de los hombres que fueron sorprendidos allí por el súbito ataque de los "sadritas".

Fidel Aznar vio en el techo de este corredor una serie de agujeros que parecían haber sido hechos por los rayos de "luz sólida de los "sadritas". En estos momentos, unos diminutos objetos caían por los agujeros y rebotaban contra el piso como una lluvia de cuentas de cristal que luego rodaban y se esparcían por todos los sitios.

Estos objetos, a poco de quedar inmóviles en el suelo, empezaban a chisporrotear esparciendo un vivo resplandor verdeazulado mientras se hinchaban e hinchaban creciendo prodigiosamente de tamaño hasta tomar la forma y proporciones de un muñeco robot muy parecido a los utilizados por los terrícolas como soldados de infantería dirigidos por control remoto.

Fidel Aznar y los que con él estaban siguiendo aquella escena a través de la pantalla de televisión, lanzaron simultáneamente una exclamación de sorpresa.

Demasiado bien sabían ellos lo que significaba aquel fenómeno. Desde tiempo atrás los terrícolas habían descubierto la forma de reducir de tamaño cualquier objeto, eliminando de él los espacios vacíos existentes entre los átomos constitutivos de la materia para dejar solamente la materia propiamente dicha.

Ante sus ojos Fidel Aznar tenía ahora un ejemplo de esta maravillosa metamorfosis aplicada a la guerra.

Los muñecos metálicos del enemigo, reducidos al tamaño de nueces por medio de máquinas especiales estaban recobrando su tamaño natural y empezaban a moverse.

Apenas terminada su fantástica metamorfosis agitaban pies y brazos, se incorporaban ¡y hasta miraban a su alrededor como para formarse una composición del lugar!

-¡"Sadritas"! -exclamó la ronca voz del almirante Montalbán junto a Fidel.

Fidel Aznar se estremeció. Uno de los horribles muñecos acababa de ponerse en pie muy cerca del objetivo de la cámara televisora situada en aquel lejano compartimiento de la aeronave. El muñeco era un grotesco remedo de la figura humana. Su cuerpo estaba formado de una especie de barril cilíndrico. En su tapa superior, el barril tenía una cabeza esférica de metal, en cuyo frente acababa de levantarse una cortinilla. Detrás de esta cortinilla apareció un gran ojo amarillo... ¡Un gran ojo VIVO que empezó a mirar a todas partes con inteligencia humana!

-¡No puede ser! -exclamó Fidel Aznar sintiendo erizársele los pelillos de la nuca -. Cualquiera puede reducir a bellotas una legión de muñecos como éstos ¡pero nadie ha podido reducir de la misma forma a un cuerpo vivo!

-Pues ellos lo han hecho -contestó la vicealmirante Urbizábal excitadamente -. ¡Ese ojo no es figurado, sino que vive realmente dentro de la cabeza del muñeco! ¡Es un sadrita auténtico!

Fidel Aznar guardó silencio mirando al monstruo que se movía en la pantalla de televisión. Este, después de mirar en torno, llevó su mano metálica a una puertecilla que acababa de abrirse en uno de los costados de su cuerpo cilíndrico y extrajo del hueco un arma extraña, parecida a una linterna eléctrica.

Mientras tanto y como obedeciendo a una consigna todos los cien o ciento cincuenta muñecos que acababan de tomar forma, se ponían en movimiento hacia la puerta de un compartimiento estanco que se veía al fondo interceptando el paso por el corredor.

Dirigiendo aquellas extrañas linternas contra la recia cortina de "dedona", los "sadritas" empezaron a disparar rayos de "luz sólida" que, abriendo una sucesión de agujeros en el metal, recortaron una abertura suficiente para dar paso a un hombre.

-¡Por cien mil diablos de a caballo! -barbotó el vicealmirante Custozza, comandante de la aeronave -.

¡Los "sadritas" están dentro de mi buque!

Fidel Aznar experimentó una especie de sobresalto al considerar el segundo y más peligroso aspecto de la cuestión. Los "sadritas" estaban dentro del autoplaneta, y no tardarían en estar también dentro de la misma cámara de derrota del "Maracaibo" si no se corría a pararle los pies.

-¡Vivo! -gritó haciendo pegar un bote de sorpresa a todos los que le rodeaban -. ¡No estén quietos ahí! ¡Adviertan a la tripulación y distribuyan armas para salir a detener a esos bichos!

.

CAPITULO V.

.

Un estremecimiento nervioso sacudió a los cinco millones de tripulantes del "Maracaibo" al saber que los "sadritas" estaban invadiendo los pisos superiores de la aeronave.

Los tripulantes del "Maracaibo" poseían sin excepción bastante cultura para comprender la gravedad de aquella invasión, y después de poner a salvo a los niños en los pisos medios del autoplaneta corrieron hacia los almacenes para proveerse de armas.

Mientras tanto, en la cámara de derrota del mismo autoplaneta, el almirante Aznar tomaba algunas medidas de seguridad. A los generales del Ejército que se presentaron en la cámara de derrota les ordenó ponerse al frente de la tripulación para coordinar los esfuerzos encaminados a repeler la invasión. También dispuso que las tripulaciones de los buques de combate fueran a ocupar sus puestos por si había que abandonar el autoplaneta.

Mientras ocurría todo esto y la muchedumbre se apelotonaba ante los almacenes de armas, la flota de autoplanetas había ganado impulso y llegaba en breves minutos sobre la polvorienta superficie de "Valera". Los grandes "discos volantes" fueron a posarse lentamente sobre el suelo de "Valera" y con ello ganaron mucho en seguridad, ya que en esta posición sólo podían ser atacados por arriba.

Los "sadritas" seguían atacando. Y era tal la violencia de su embestida, y tan denso el número de aparatos lanzados a este ataque, que todos los proyectores del "Maracaibo" fueron apagados unos tras otros en breves minutos. Las pantallas de televisión emplazadas en la cubierta exterior también fueron alcanzadas por los proyectiles del enemigo, y en la gran cúpula de la cámara de derrota fueron apareciendo lunares negros indicadores del fallo sucesivo de las

cámaras de televisión, hasta que finalmente quedó completamente a oscuras.

El "Maracaibo", sin embargo, disponía de otros medios indirectos para ver lo que ocurría en el exterior, siendo estos medios otras cámaras televisoras emplazadas en los costados del "disco volante", las cuales no habían sido tocadas por los proyectiles del enemigo.

Con el auxilio de estas cámaras, Fidel Aznar pudo ver algo que le llenó de consternación y alarma ¡los sadritas estaban desembarcando también en "Valera"!

De los "omegas" destrozados del enemigo que caían sobre el polvoriento suelo del platillo, salían chisporroteando millares de pequeños objetos que en seguida adquirían la forma y tamaño de otros tantos sadritas metidos en sus férreas armaduras de "dedona".

-No cabe duda -dijo el general Sepúlveda -. Se trata de una invasión en toda la regla.

En aquel momento Fidel Aznar veía una docena de "omegas" enemigos que descendían en picado sobre una de las grandes compuertas de "Valera" disparando sus cañones de "luz sólida". A continuación, los "omegas" se estrellaron voluntariamente contra la gigantesca plataforma de metal que cerraba la esclusa.

Brillaron enceguecedoramente doce explosiones atómicas que, en mitad de un silencio impresionante -en el vacío no se transmitían los ruidos - hicieron saltar y estremecer violentamente a la pesada mole del "Maracaibo", el cual se encontraba a unos diez kilómetros de distancia.

-Los sadritas intentaron volar nuestras compuertas -advirtió el almirante Montalbán -. Primero abren agujeros disparando sus rayos sólidos, y luego lanzan sus aparatos dentro de esos agujeros para que surtan los efectos de barrenos atómicos.

-Denme línea con "Valera" -ordenó Fidel Aznar.

Y un poco después, al oír por teléfono la voz del almirante Corona le decía:

-¿Sabían ustedes que los sadritas están desembarcando en "Valera" y hacen intentos para volar nuestras compuertas con rayos sólidos y bombas atómicas?

Corona contestó que acababa de tener noticias de ello y estaban tomando disposiciones para hacer salir al Ejército Automático. También iban a mandar al exterior varias decenas de miles de baterías antiaéreas para sustituir a los millones de proyectores de "luz sólida" que los sadritas habían conseguido destruir a un exorbitante costo de aparatos.

-¿Cómo se desenvuelve la batalla aérea? -preguntó Fidel.

-No es posible formarse una idea de ello -contestó Corona -. La situación es muy confusa, pero tenemos grandes esperanzas de ganar.

Aunque ellos tienen superioridad manifiesta de aparatos, nosotros tenemos también nuestras defensas antiaéreas colaborando con los cazas.

-¿No habrán olvidado ustedes que todavía tengo aquí dos mil millones de cazas, verdad? -preguntó Fidel.

-La almirante Medina no quiere desprenderse de esa fuerza a menos que sea indispensable su intervención.

-¿Por qué razón? -preguntó Fidel -. ¿Acaso le duele tener que ver destrozada esta flota porque es su favorita?

-¡Fidel! -exclamó Corona -. No debes decir esas cosas, y mucho menos por teléfono. Despreocúpate de la batalla aérea y procura que los sadritas que tienes dentro de tu nave no se insolenten y te echen fuera. Eso es lo más importante para ti en estos momentos.

Fidel cortó bruscamente la comunicación y tendió el teléfono a la persona que estaba más cerca. Esta persona era la vicealmirante Urbizábal, la cual le estaba mirando con ojos furiosos.

-¿Qué quiso decir con eso de que esta flota es la favorita de mi madre? -preguntó.

Y Fidel contestó:

-Quise decir exactamente lo que he dicho. Esa oposición sentimental de su madre a hacer intervenir los "deltas" en el combate pudiera muy bien ser la causa de que perdiéramos la batalla.

-No tiene usted que decir a mi madre cómo debe emplear sus fuerzas.

-¿Por qué? ¿Acaso es ella una superdotada?

-En cualquier caso tiene razones para saber mucho más que usted. Usted todavía había de tardar medio siglo en nacer cuando ella ya estaba cruzando golpes con los sadritas aquí, en el Reino del Sol.

-No puedo discutir acerca de lo que sabemos cada cual -cortó Fidel secamente -. Lo que sí le digo es que su madre comete un error de bulto al dejar estos dos mil millones de aparatos en reserva, cuando tenemos inferioridad numérica en el espacio. El tiempo dirá si me equivoco.

Sofía Urbizábal le volvió desdeñosamente la espalda. Fidel Aznar la olvidó por completo durante un buen rato mientras respondía a numerosas llamadas telefónicas que se le hacían desde los restantes autoplanetas de la flota.

Según las noticias recibidas, en todos ellos se había descubierto la presencia de nutridos grupos de sadritas que estaban procediendo a la invasión lenta y metódica de los pisos superiores de las aeronaves, acribillados por los dardos de "luz sólida" de los "omegas" atacantes.

Y otro tanto ocurría en los "discos volantes" de la dotación de "Valera", los cuales no podían por su tamaño alojarse en el interior del planetillo y tenían su apostadero permanente en el exterior. De estos

"discos" o "transportes de tropas" estaban siendo desembarcados apresuradamente las tropas de infantería robot del ejército expedicionario valerano.

A la media hora escasa de haberse iniciado la batalla, la conflagración había tomado proporciones jamás igualadas en "Valera".

En el lóbrego espacio sideral combatían los "omegas" valeranos con los "omegas" de los sadritas. Los proyectores enclavados en la superficie de "Valera" aportaban su esfuerzo al combate destruyendo cuantos cazas enemigos se ponían a su alcance.

En tierra firme, sobre la polvorienta superficie de "Valera", los soldados robot dirigidos por control remoto peleaban con los sadritas intercambiando furiosa lluvia de rayos luminosos. Aquí y allá se levantaban las nubes de polvo, así como los breves y enceguecedores relámpagos de los cazas que hacían explosión al estrellarse contra el suelo. La confusión era tremenda y empeoró en el transcurso de las dos horas siguientes.

Los sadritas debieron pensar que era mejor atacar inmediatamente a "Valera" que esperar a que "Valera" llevara sus fuerzas de ataque hasta sus propios planetas. Por esto atacaban con toda su furia.

Sin embargo, y a excepción del espacio en donde tenían fuerzas numéricamente superiores a los terrícolas, los sadritas nunca llegaron a poner en serio peligro la seguridad de "Valera".

"Valera" disponía de un formidable Ejército Autómata, miles y miles de millones de soldados robot previamente empequeñecidos por el procedimiento de anular los espacios vacíos existentes entre la materia y que al ser lanzados -sembrados por así decirlo a puñados - recobraban su talla normal y su facultad de controlarse por sí mismos y dejarse controlar por radio desde los puestos de mando de los hombres.

Los hombres, bien resguardados en las entrañas de los "discos volantes" o dirigiendo la batalla desde la enorme Sala de Derrota del planetillo, moviendo miles de botones e impartiendo órdenes por radio, no exponían sus vidas en el espacio ni en la tierra.

Y esto salían ganando a los sadritas. Porque así como los terrícolas dirigían sus cazas siderales y sus tropas por control remoto, los sadritas en cambio tripulaban sus propios cazas e iban alojados en la cabeza de sus soldados robot.

Por lo tanto, cuando un "omega" valerano era destruido en el espacio o un soldado robot caía acribillado en el polvo de "Valera", los hombres sólo perdían una máquina formada de un "cerebro" electrónico y una cantidad exorbitante de muelles y tornillos.

Pero cuando un "omega" sadrita era destruido en el espacio, o cuando uno de aquellos horripilantes muñecos caía destrozado en el polvo de "Valera", los hombres habían matado a un enemigo. Y esto

era muy alentador para los hombres.

Los hombres de carne y hueso sí tuvieron que intervenir en la batalla, pero fue dentro de los "discos volantes", donde la estrechez de los corredores y la peculiaridad de aquella lucha cuerpo a cuerpo no permitía el empleo de soldados autómatas.

En el autoplaneta "Maracaibo", particularmente, la lucha adquirió caracteres dramáticos cuando el invasor, después de ocupar sucesivamente los 30 pisos altos de la nave, amenazó muy de cerca el piso 41 donde estaba situada la cámara de derrota y, con ella, el centro neurálgico de aquella gigantesca máquina.

A las cinco horas de haberse iniciado el ataque los sadritas estaban abriéndose paso en el piso 49 contra la tenaz oposición de los soldados terrícolas.

-Lleven los niños, las personas no combatientes y los heridos a bordo de los cruceros -ordenó Fidel Aznar a la vista de la gravedad de la situación.

Estos cruceros eran los de la Flota Táctica de Apoyo, de los que había un centenar en cada "disco volante" o autoplaneta redentor.

En la hora que siguió, mientras los niños y las personas no combatientes del "Maracaibo" eran introducidos en los 100 cruceros hasta llenarlos completamente, los defensores del autoplaneta se vieron obligados a desalojar también el piso 49 para concentrar sus esfuerzos en la defensa del 48.

En este momento el almirante Aznar consideró definitivamente perdidas sus esperanzas de rechazar al enemigo y ordenó que todos los que se encontraban en la cámara de derrota se calaran sus recias escafandras de diamantina.

Con el cumplimiento de aquella orden, cada hombre y mujer, quedó aislado del ambiente exterior, respirando el propio oxígeno de los depósitos de su armadura y comunicando con los demás por medio del micrófono y el tornavoz adosado a sus respectivas escafandras.

Cuando el oxígeno del piso 41 escapara también al exterior por los agujeros que abrían los sadritas con sus rayos de "luz sólida", los oficiales terrícolas ni siquiera podrían comunicarse entre sí de viva voz (el sonido no se transmitía sin una atmósfera) y entonces tendrían que recurrir al pequeño emisor -transmisor de radio de que iban equipadas también sus armaduras de cristal.

Los oficiales del puente de mando, desde mucho antes plegados de brazos, abandonaron sus puestos y salieron para volver al cabo de un rato con un arsenal de fusiles de "luz sólida" y pistolas ametralladoras que disparaban proyectiles explosivos atómicos.

Fidel Aznar ordenó a la contralmirante Ribeiro que dispusiera un deflagrador electrónico para volar al "Maracaibo" en el momento oportuno.

-¿No cree que vamos a tomarnos un trabajo inútil? -apuntó el almirante Montalbán -. "Ellos" volarán también la aeronave en cuanto puedan.

-En efecto -repuso Fidel -. Sólo que ellos la harán saltar después de ponerse en seguridad, mientras que nosotros la volaremos cuando ellos todavía estén dentro.

Siguió una espera de media hora mientras los ingenieros de a bordo disponían la voladura del buque con todo su contenido de millares dé bombas atómicas, torpedos y demás pertrechos susceptibles de provocar una pavorosa explosión.

Sobre sus cabezas, los ocupantes de la cámara podían escuchar el fragor del combate que se desarrollaba dos pisos más arriba.

-Montalbán -llamó Fidel -. Dé orden para que salgan los cruceros.

Sofía Urbizábal, el vicealmirante Custozza y los contraalmirantes Lyser y Ribeiro se volvieron a mirarle con expresión de alarma.

-¿No habrá decidido usted permanecer aquí hasta que lleguen los sadritas, verdad? -preguntó Sofía Urbizábal.

-¿Y por qué no? -contestó Fidel -. Alguien tiene que cubrir la retirada de los hombres que están luchando arriba.

-¿Y hemos de ser nosotros precisamente?

-Si tiene usted miedo puede correr en busca de una plaza a bordo de cualquiera de esos cruceros -contestó Fidel volviéndole desdeñosamente la espalda.

Tras el frente de cristal de la escafandra se vio a la señorita Urbizábal morderse los rojos labios. Sin embargo no osó moverse, y los demás se quedaron también por un prurito de amor propio.

Montalbán acababa de dar por teléfono la orden de salida para los cruceros cuando un dardo plateado, semejante a una lanza de luz, brotó del techo de la cabina y cruzó como una exhalación la cámara de derrota hundiéndose en el piso, donde dejó abierto un agujero de unos 8 centímetros de diámetro.

De pronto, una lluvia de pequeños objetos metálicos cayó en forma de granizada por la abertura del techo y saltando y brincando como cuentas de cristal se esparcieron por el piso despidiendo amenazadores chisporroteos.

-¡Sadritas! -gritó Fidel.

Y empuñando su fusil empezó a disparar contra las esferas metálicas cuando éstas todavía estaban en plena metamorfosis.

Todos los que se encontraban en la cámara de derrota requirieron sus armas empezando a dar furiosa caza a los diabólicos objetos que, hinchándose y despidiendo medroso resplandor, iban destacando sus grotescas formas de monigote.

Las armaduras sadritas, aun después de ser alcanzadas por las lanzadas de luz de los fusiles, seguían creciendo porque ya nada podía

impedir que la materia de que estaban hechas recobrara los espacios vacíos moleculares que les habían sido anulados por el ingenio del hombre.

Pero un sadrita, atravesado por un rayo de luz sólida, había perdido quizás una pulgada de metal que, al aumentar en proporciones, aparecía como un agujero de un palmo de diámetro.

Los sadritas alcanzados por los disparos no se movieron después de haber dado fin a su metamorfosis, pero eran más de un centenar y los oficiales tuvieron que andar ligeros para aniquilarles antes que alcanzaran su tamaño completo y, con él, las facultades que tan peligrosos podían hacerles.

Mientras tanto, todo el aire de la cámara había escapado por el agujero de la cúpula y los terrícolas se encontraron de pronto rodeados del más absoluto vacío; vacío frígido en el que no se transmitían el calor ni el ruido.

Los oficiales hubieron de echar mano a sus aparatos de radio personales para comunicarse entre sí. Esto presentaba sus inconvenientes, ya que simultáneamente escuchaban también los gritos y las voces de mando de los oficiales del Ejército que dirigían la defensa del autoplaneta en los pisos superiores, los cuales se servían igualmente de sus radios para comunicar con sus hombres.

Fidel Aznar esperó un momento para convencerse que no caían más sadritas por el agujero de la cúpula. Luego hizo seña a sus colaboradores para que le siguieran.

Abandonaron todos la cámara de derrota, formando en junto un grupo de más de un centenar de hombres y mujeres bien armados. La contralmirante Ribeiro transportaba el deflagrador electrónico y el general Sepúlveda llevaba una emisora de radio portable, más potente que las pequeñas radios individuales, y por medio de ella seguía en contacto con los oficiales que en los pisos superiores continuaban luchando contra los sadritas.

El grupo salió a un ancho corredor, a la sazón lleno de automóviles abandonados... y de sadritas.

Los sadritas debían haber llegado hasta allí en forma de miniaturas caídas desde los agujeros del techo. Apenas vieron al grupo de terrícolas volvieron contra ellos sus pistolas disparando una lluvia de dardos luminosos.

Fidel Aznar, que iba al frente del grupo con la vicealmirante Urbizábal, fue el primero en descubrir a los sadritas y propinó un tremendo empujón a la señorita Urbizábal, lanzándola al suelo detrás de un automóvil allí parado.

El propio Fidel se apresuró a seguir a la muchacha tirándose de bruces en el piso.

El dardo luminoso que debía alcanzarle a él atravesó de parte a

parte al general Sepúlveda, cercenó una mano a otro oficial que iba detrás y arrancó un pedazo de metal en forma de media luna de la jamba de la puerta por la que salían los terrícolas.

Algunos hombres retrocedieron apresuradamente y otros siguieron el ejemplo del almirante Aznar dispersándose y corriendo a agazaparse detrás de los automóviles.

Y no era que un coche ofreciera la menor protección contra uno cualquiera de los rayos de "luz sólida" de los sadritas. Su único favor consistía en ocultarles de la vista del enemigo.

Las lanzadas de luz pasaron pues por encima de los terrícolas para ir a atravesar limpiamente el muro de acero que éstos tenían detrás. Un rayo de aquéllos atravesó a la vez de parte a parte la carrocería de plástico de un automóvil, a un capitán que estaba detrás de éste y al mamparo que el oficial tenía a sus espaldas.

No existía defensa eficaz contra los rayos de "luz sólida", y esto era lo terrible de aquella nueva arma.

Fidel Aznar se incorporó sobre sus rodillas, asomó el cañón de su fusil por detrás de la trasera del automóvil y disparó contra el grupo de los sadritas.

Cuando se apretaba el gatillo de un fusil de aquel tipo, el arma generaba un rayo en donde los electrones tenían el tamaño de perdigones muy pequeños. Esta descarga de perdigones fotoeléctricos, impulsados a la velocidad de 300.000 kilómetros POR SEGUNDO, desarrollaba una energía cinética capaz de atravesarlo todo.

Los rayos salían del cañón del arma intermitentemente, a modo de una ametralladora sólo que infinitamente más rápidos.

Cuando Fidel Aznar apuntó y disparó contra los sadritas, los dardos luminosos de su fusil cruzaron como relámpagos el corredor y cayeron sobre los sadritas con una trayectoria extremadamente tensa, desbaratando el grupo y haciendo rodar por el piso al enemigo.

Otra veintena de fusiles, manejados por manos terrícolas, se unieron al arma de Fidel Aznar y el grupo de sadritas quedó literalmente aniquilado, acribillado a agujeros en el suelo.

Fidel se puso en pie y asiendo a la vicealmirante Urbizábal por un brazo tiró de ella ayudándole a incorporarse.

-Cójale el transmisor al general Sepúlveda -le ordenó Fidel. Y señaló el cadáver del desdichado general.

Los que habían vuelto a la cámara de derrota salieron después de asegurarse que no existía peligro.

-Vamos -dijo el almirante Fidel Aznar.

El grupo echó a andar corredor adelante hasta que poco después se tropezaron con un nutrido contingente de tropas propias que bajaba del piso superior por una de las grandes rampas.

El general que marchaba al frente de aquella tropa dijo a Fidel que

la situación, arriba, se había hecho puramente insostenible.

-Los sadritas reciben constantemente refuerzos por los pisos superiores. Parece que cuantos más matamos hay más.

Fidel Aznar tomó el transmisor de radio y enchufando la clavija de éste a su propia armadura gritó por el micrófono interior de su escafandra:

-¡Atención! Habla el almirante Aznar. A los tripulantes del autoplaneta "Maracaibo". Repliéguense ordenadamente hacia los pisos inferiores para proceder a la evacuación de la aeronave. Los generales al mando de las fuerzas regulares del Ejército dispondrán pequeños núcleos de resistencia destinados a retardar el avance del enemigo. Repito...

Mientras Fidel Aznar repetía su mensaje se produjo una pequeña escaramuza con un grupo de sadritas que acababan de aparecer doblando un recodo del corredor.

El almirante Aznar terminó de transmitir su mensaje resguardado tras la elevación de la rampa mientras los rayos de "luz sólida" cruzaban por encima de su cabeza abriendo carreras de agujeros en los mamparos metálicos del corredor.

Los sadritas fueron finalmente aniquilados, siguiendo unos breves minutos de quietud hasta que aparecieron bajando la rampa las primeras fuerzas en retirada. Hombres, mujeres y adolescentes, todos armados y enfundados en sus azuladas armaduras de "diamantina", pasaron corriendo sin detenerse y tomaron la rampa contigua para descender al piso inmediato inferior.

Si los sonidos hubieran podido transmitirse en aquel vacío absoluto, el ruido de los millares de pies calzados de vidrio que golpeaban la rampa metálica hubiera sido atronador.

Así, la operación se desarrollaba en mitad de un silencio fantástico, sólo interrumpido por las roncas inhalaciones de oxígeno y algunos cuchicheos que llegaban a través de la radio interrumpidos por el seco e imperioso " ¡Silencio! " de los oficiales.

El desfile de fuerzas duró casi una hora. Después, el interminable torrente humano empezó a decrecer. Junto al almirante Aznar quedaban algunos cientos de soldados con cañones atómicos de pequeño calibre y varias ametralladoras de "luz sólida".

Siguió una breve pausa. Los almirantes y generales que permanecían junto a Fidel se miraban unos a otros, nerviosos e intranquilos. Un grupo de terrícolas apareció corriendo locamente rampa abajo.

-¡Los sadritas... vienen detrás! -jadeó por la radio el General de Brigada que iba al frente de la reducida tropa.

Inútil advertencia, porque los rayos luminosos que en seguida empezaron a caer del hueco de la rampa y la agitación de los propios

soldados terrícolas hacia innecesaria toda explicación.

Fidel Aznar y sus hombres dominaban ahora la rasante de la rampa con sus fusiles y ametralladoras. Apenas asomaron allá las piernas mecánicas de los sadritas, las ametralladoras rompieron a disparar con porfía cubriendo la rampa con el relámpago enceguecedor de las -explosiones atómicas.

Una balumba de barriles cilíndricos a los que faltaban las piernas, y cabezas esféricas de robot a las que faltaban los cuerpos, bajaron rodando en arrollador alud por la rampa metálica hasta los mismos pies de los terrícolas.

Los hombres detuvieron aquel torrente de chatarra, y utilizando los "cadáveres" de sus enemigos como barricada, siguieron disparando contra los sadritas apenas éstos asomaban por la rasante de la rampa.

Las ametralladoras de "luz sólida" eran especialmente mortales. Estas máquinas, en vez de lanzar rayos cilíndricos y finos como los rifles, disparaban cintas luminosas de 80 centímetros de anchura, delgadas como espadas.

En la práctica, estas cuchilladas luminosas actuaban como un hacha. Cortaban limpiamente por la mitad al sadrita que pillaban, y lo mismo cercenaban tabiques como columnas de acero.

-¡Corten la rampa! -ordenó Fidel Aznar por la radio.

Un soldado apuntó con su ametralladora, disparó, y volviendo el achatado cañón de su extraña arma de izquierda a derecha cortó como un cuchillo la pista metálica de 12 metros de anchura que formaba la rampa.

La rampa se hundió en mitad de una nube de polvo.

-¡Vámonos! -ordenó Fidel secamente.

Toda la tropa corrió rampa abajo hasta el piso 40. Las pesadas ametralladoras y los cañones atómicos fueron emplazados de nuevo.

Siguieron 15 minutos de bochornosa calma.

-Nuestros hombres deben haber salido ya afuera -apuntó la voz del almirante Montalbán por la radio -. ¿Por qué no seguimos hacia abajo? Es posible que si tardamos mucho nos encontremos al llegar con la retirada cubierta por el enemigo.

-Sí, vamos -dijo Fidel.

El grupo descendió al piso 39. Montalbán tuvo razón al señalar la posibilidad de que el enemigo se les hubiera adelantado y estuviera ya allí abajo.

Por el sistema de abrir agujeros en el piso de acero y arrojar por las aberturas sadritas reducidos de tamaño, el enemigo iba ocupando rápidamente una plataforma tras otra.

Al desembocar de la rampa en el piso 39, los terrícolas se tropezaron de manos a boca con un centenar de sadritas que venían en dirección contraria.

Remedando a aquellos "gun-men" que hicieron fama en el antiquísimo Oeste americano, terrícolas y sadritas echaron mano de sus pistolas abriendo fuego a bocajarro.

Los terrícolas eran más numerosos y también más rápidos en sus reacciones que los sadritas. Parecía existir alguna dificultad visual o de control entre los pequeños pulpos que tripulaban aquellos muñecos mecánicos y la máquina en sí.

La puntería de los sadritas era detestable.

Con todo causaron un buen número de bajas entre los terrícolas antes que éstos les barrieran literalmente desde arriba de la rampa.

Sadritas y terrícolas rodaron rampa abajo. Algunos todavía se pusieron en pie para continuar luchando cuerpo a cuerpo, y uno de los que en la precipitación y el nerviosismo se cayeron fue la señorita vicealmirante Urbizábal.

La vicealmirante Urbizábal perdió su fusil y el transmisor de radio mientras rodaba hacia abajo. Fue a caer a los pies de un monstruoso "sadrita". Este se inclinó apenas, la atrapó por el cuello con una de sus pinzas metálicas y la levantó en vilo arrojándola al suelo. Luego la encañonó con su extraña pistola -linterna...

Fidel Aznar, desde 30 metros de distancia, apoyó una rodilla en el piso y apuntó a la cabeza del monstruo.

El lanzazo luminoso del almirante Aznar alcanzó al monstruo en pleno y amarillo ojo. No cabía mejor puntería. El "sadrita" quedó inmóvil unos segundos, y luego se derrumbó de espaldas ante los sorprendidos y aterrorizados ojos de la vicealmirante Urbizábal.

Todo había ocurrido en menos de medio minuto. Fidel Aznar se puso en pie, corrió hasta la vicealmirante Urbizábal y la ayudó a incorporarse. Antes que la joven se hubiera repuesto del susto estaba corriendo de nuevo rampa abajo junto al almirante Aznar.

Unos 45 minutos invirtieron los rezagados en atravesar los 38 pisos que les faltaban hasta desembocar en un enorme portalón abierto directamente sobre la gris superficie de "Valera". La espesa capa de finísimo polvo cósmico que cubría las rocas del planetillo amortiguó la violencia del salto que se vieron obligados a dar.

Luego siguieron andando apresuradamente para alejarse del "Maracaibo". Quién más, quién menos, sentía sus pulmones próximos a estallar de fatiga. EL "disco volante" más cercano se veía a unos 5 kilómetros de distancia. Se encaminaron hacia él, andando penosamente sobre las huellas que varios centenares de miles de predecesores habían dejado sobre el polvo.

A derecha e izquierda, a veces medio enterrados en el polvo, veíanse cadáveres humanos y despojos de los muñecos metálicos de los "sadritas".

Una gran batalla debía haberse desarrollado allí. De hecho, esta

batalla continuaba todavía furiosamente en distintas partes de "Valera" entre los "sadritas" y los soldados robots del Ejército Autómata valerano. La intensidad del ataque aéreo parecía haber decrecido al alejarse las máquinas terrícolas peleando y entablando pequeñas batallas en lugares distintos del espacio muy alejados unos de otros.

Las pérdidas del enemigo en aparatos siderales habían sido cuantiosísimas. Aquí y allá, mientras andaban penosamente sobre el polvo alejándose del "Maracaibo", Fidel Aznar y sus compañeros tenían que ir serpenteando continuamente para esquivar el enorme número de "omegas" que yacían destrozados en el suelo.

Al llegar a una distancia que consideraron respetable, el almirante Aznar, llamó a la contralmirante Ribeiro.

-¿Está listo ese deflagrador? -Sí, señor.

-Échense todos al suelo detrás de las peñas -ordenó Fidel tomándole el aparato a Ribeiro.

Los rezagados del "Maracaibo" corrieron a esconderse detrás del amontonamiento de rocas grises que formaban la característica de la superficie exterior del planetillo. El almirante Aznar miró en torno para asegurarse que todos estaban a salvo.

-¿Preparados?

Nadie contestó. Fidel Aznar apretó con el pulgar el botón nacarado que sobresalía de un lado del aparatito.

Una convulsa explosión estremeció al gigantesco "disco volante" que estaba posado sobre el suelo tres kilómetros más allá. Un haz de llamas se levantó hacia el cielo negro y un surtidor de retorcidas piezas de metal saltó en todas direcciones a impulsos del formidable estallido de todas las municiones atómicas que la aeronave guardaba en su interior. De haberse encontrado en la atmósfera de un planeta semejante a la Tierra ninguno de los que presenciaban la voladura hubiera podido escapar con vida. En el vacío sideral una deflagración atómica sólo era peligrosa por su irradiación de rayos "gamma" y "beta".

El "Maracaibo", por la misma razón, no quedó completamente destruido. Todo su centro voló al espacio en forma de piezas retorcidas dotadas de tremenda velocidad. Los costados resistieron en su sitio pero los "sadritas" que se encontraban dentro no tuvieron con toda seguridad la menor probabilidad de escapar con vida.

El enceguecedor resplandor atómico duró sólo unos segundos, al cabo de los cuales pareció más impenetrable la oscuridad que rodeaba a los terrícolas. Porque el Sol desde las remotas profundidades del espacio, sólo arrojaba sobre la superficie de "Valera" una luz seiscientas veces menor que la que recibía la Tierra.

Los rezagados del "Maracaibo", después de unos minutos de espera en los que acostumbraron sus pupilas a la escasa luz que les rodeaba,

reanudaron la marcha alcanzando poco después el "disco volante" "Rabaúl", en donde habían hallado refugio la mayoría de los tripulantes del "Maracaibo".

.

CAPITULO VI.

.

En el autoplaneta "Rabaúl" todavía se luchaba contra los "sadritas" que habían logrado invadir los pisos altos. La situación, no obstante, parecía completamente dominada por sus tripulantes, aunque todavía se tardaron unas veinte horas en aniquilar por completo al invasor luchando con él y haciéndole retroceder de piso en piso, de corredor en corredor y de habitación en habitación.

En otras partes de "Valera" la contienda duró aproximadamente el mismo tiempo. La infantería robot valerana, recorriendo millares de kilómetros de desiertos, cráteres y montañas andaba a la caza de los "sadritas" desperdigados en aquellas soledades de muerte. Aunque el ataque enemigo había quedado virtualmente deshecho, todavía habían de tardar varios días en limpiar los valeranos de enemigos la parte exterior de su planetillo.

A salvo en el autoplaneta "Rabaúl", el almirante Aznar se presentó en la cámara de derrota del mismo y desde allí se puso en comunicación por radio con el almirante Corona, en la sala de derrota de "Valera". Esto ocurría cuando todavía se luchaba en los espacios siderales y en el cielo del planetillo, de manera que Corona sólo pudo facilitar a Fidel detalles muy confusos y poco esperanzadores acerca del resultado de la batalla.

A bordo de "Rabaúl", los refugiados del "Maracaibo" pudieron al fin desprenderse de sus escafandras y armaduras y con ello rascarse, comer, saciar su sed y realizar, en fin, todas aquellas necesidades de las que estaban privados mientras andaban metidos en sus herméticas conchas de "diamantina".

Apenas se hubo despojado de su escafandra la vicealmirante Urbizábal se acercó a Fidel Aznar y le dijo:

-Todavía no le he dado las gracias, almirante.

Fidel Aznar hizo una mueca de asombro y ella continuó:

-Me salvó usted la vida al matar a aquel "sadrita" que se disponía a disparar sobre mí. Crea que estoy arrepentida de haber pensado mal de usted -, Fidel hizo una mueca de asombro y ella prosiguió: -Creí que me odiaba usted.

-¡Cielos, no! ¿Por qué había de odiarle?

-Mi nombre es Sofía Urbizábal. Usted no habrá olvidado que soy la

hija de la mujer que le echó del cargo de Almirante mayor.

Fidel Aznar sonrió adelantando una mano.

-Poco a poco -dijo -, No fue su madre quien me echó de mi cargo, sino yo quien me fui obedeciendo aquella orden que ustedes traían desde Redención.

-Bueno, para el caso es lo mismo. Usted sabe lo que quiero decir.

-Sí, sé lo que quiere decir. A nadie le gusta verse despojado de un cargo como el mío sin más razón que la arbitrariedad de un Gobierno situado a millones y millones de kilómetros de distancia. No me agradó esa orden, es cierto. Pero no le guardo rencor a su madre de usted por haberla traído, y mucho menos a usted, que no tuvo arte ni parte en ese asunto.

La joven le miró con expresión entre sorprendida y avergonzada. Fidel la observó en silencio unos instantes, y luego preguntó:

-¿Acaso me detestaba usted?

Las pálidas mejillas de la joven se cubrieron de rubor. -En Redención, y especialmente entre nuestra Flota Expedicionaria, no se tiene en mucha estima el apellido de los Aznar. Durante muchos años, prácticamente desde que tuve uso de razón, se me ha enseñado a detestar a los Aznar como compendio de todo aquello que nuestra sociedad democrática detesta profundamente. Se me dijo que eran ustedes una casta de hombres orgullosos, dominantes, odiosamente pegados a su tradición histórica y al relumbre de su propio nombre.

-¡Caramba! -Exclamó Fidel echándose a reír -: ¿Quién le contaba todas esas barbaridades?

-Muchas de ellas nos las enseñaban en la escuela formando parte de las lecciones de Historia. El resto..., el resto me lo contaba mi propia madre.

-Ya me parecía notar desde el principio que su madre nos tenía en poco aprecio. Me pregunto si esa aversión se deberá solamente a los principios democráticos que tan fieramente dicen defender. Usted ¿cree realmente que yo y los demás miembros de mi familia merecemos esos insultos?

-Verdaderamente, no me parece usted un hombre distinto de los demás.

-Y no lo soy, señorita Urbizábal. Es un absurdo toda esa leyenda negra que se ha formado alrededor de nuestro apellido..., que si fuimos dictadores..., que si formamos una casta aparte... Basta que usted misma interrogue desde el primero al último de los valeranos para comprender hasta qué punto es falso cuanto se ha dicho de nosotros. Tal vez le extrañe saber que los valeranos me quieren a mí como quieren a mi hermano y antes quisieron a mi padre y toda la genealogía de mis abuelos remontándonos hasta aquel primer Miguel Ángel Aznar que salvó a la nación terrícola conduciéndola hacia el

exilio hasta un nuevo planeta llamado Redención. Quizá algunas veces hayan surgido diferencias de opinión entre los propios valeranos y sus caudillos, pero al fin siempre prevaleció la sinceridad de nuestros propósitos y la carencia absoluta de rencor en los que perdonaron nuestros errores. Aznares y valeranos forman una sola familia que, como todas las familias, se pelean a veces y se acusan mutuamente de ingratitud e infidelidad. Pero al fin llega el abrazo y todo queda olvidado. Los valeranos consideran por padres a los hombres del apellido Aznar, y eso es lo que en Redención causa estrañeza a la vez que preocupación. No extrañaría que allí se hubiera pensado más de una vez que a la hora presente los Aznares nos habríamos constituido en una monarquía absoluta en donde la corona se heredara de padres a hijos sin solución de continuidad.

Precisamente..., sí, eso es lo que se creería que habrían hecho ustedes aquí en los largos siglos que "Valera" no ha regresado por Redención.

-Pues ya ve usted cómo se equivocaron los redentores. Pese a los siglos transcurridos y al constante relevo de Aznares en el mando de este autoplaneta, "Valera" sigue siendo gobernada con arreglo a las ordenanzas militares de Redención... y todavía es la bandera de la Confederación de Planetas Terrícolas la que ondea en lo alto de nuestro Palacio Residencial. ¿Querrá mejor prueba de nuestra obediencia al Gobierno de Redención que el acatamiento con que acogimos esa absurda orden que su madre de usted trajo desde allá?

Sofía Urbizábal guardó silencio unos instantes. Luego murmuro:

-Creo que mamá debiera conocerles mejor a ustedes. ¿Aceptaría usted una invitación de comer con nosotros cualquier día de éstos? -Sí, ¿por qué no?

La conversación quedó interrumpida aquí al acercarse el almirante Montalbán.

-Almirante -dijo Montalbán a Fidel -. El almirante Corona acaba de comunicar diciendo que le espera a usted en él Palacio Residencial de Nuevo Madrid dentro de cinco horas.

-¿No dijo para qué me quería? -No, señor.

-Está bien -dijo Fidel. Y dos horas más tarde volvía a embutirse en su armadura de "diamantina" preparándose para el viaje.

-Usted vendrá conmigo, señorita Urbizábal -dijo a la vicealmirante -. Y usted también, Montalbán.

Poco después los tres almirantes se encontraban a bordo de una "aerofalúa" volando sobre la polvorienta superficie de "Valera" en busca de un "tubo" de admisión que no hubiera sido averiado por los "sadritas" y pudiera conducirles al interior hueco de "Valera".

El paso desde el frío y lóbrego vacío espacial al riente mundo albergado en el corazón de "Valera" se llevó a cabo sin contratiempos.

En "Valera", y especialmente en Nuevo Madrid, los viajeros encontraron abundantes muestras de la excitación que todavía dominaba a los valeranos. Algunos millares de "sadritas", forzando los pequeños túneles que comunicaban con el exterior, habían logrado introducirse en "Valera".

En todo el interior hueco del planetillo se había dado la voz de alarma y los 140 millones de valeranos, como había ocurrido a bordo de los autoplanetas de la Flota Redentora, corrieron a enfundarse en sus armaduras de vidrio y a proveerse de armas en los arsenales de las 20 grandes capitales y todas las ciudades menores del planetillo.

Cuando Fidel Aznar voló sobre Nuevo Madrid, las anchurosas vías de la capital aparecían casi completamente desiertas y las pocas gentes que circulaban por ellas eran patrullas armadas y protegidas todavía por armaduras y escafandras de "diamantina".

Al aterrizar en la azotea del Palacio Residencial y tomar uno de los numerosos ascensores del rascacielos, los viajeros pudieron notar la extrema tirantez que parecía flotar en el ambiente. Los nervios estaban muy excitados en "Valera", y muy especialmente en el Palacio Residencial y en el edificio del almirantazgo que formaba parte del cuerpo arquitectónico del grandioso edificio.

El almirante Corona no estaba en su despacho, pero llegó pocos minutos después de haber sido avisado por su ayudante de la llegada de Fidel Aznar,

Don Abel Corona, que había pasado alrededor de veinte horas sin moverse de la sala de derrota del autoplaneta, aparecía también cansado - y con evidentes muestras de nerviosismo.

-Hola, muchacho -dijo estrechando con fuerza la mano de Fidel. Y contestando con un distraído movimiento de cabeza al saludo de Montalbán y de la vicealmirante Urbizábal, les indicó unos sillones, yendo a tomar asiento a su vez tras la mesa del despacho -, ¿pudiste, al fin, echar a los sadritas de tu autoplaneta?

-Los "sadritas" nos echaron a nosotros. Tuvimos que abandonar aquello y volar la máquina.

-¡Qué remedio! - suspiró Corona retrepándose en su sillón en actitud de cansancio -. Ojalá todo el daño fuera ése.

-¿Pues qué ocurre? ¿Acaso no se resolvió bien la batalla?

-Según y para quién. Quizá la batalla resultara un éxito para el enemigo pero ha sido un desastre para nosotros.

-¿La armada? -Interrogó Fidel con el alma en vilo. -Toda perdida.

-¿Toda?

-Quizá se hayan salvado cuatro o cinco millones de aparatos. ¡Qué se yo! No es posible saberlo con certeza en estos instantes. Lo que sí es cierto es que nuestra Armada Sideral ha dejado de existir como unidad combatiente. Los "sadritas" destrozaron nuestras fuerzas siderales por

completo... Nos destrozamos mutuamente, ésa es la realidad. Quizá la cosa no fuera tan grave si supiéramos que el enemigo lanzó contra "Valera" la totalidad de sus fuerzas siderales y ha quedado a la hora presente tan exhausto como nosotros mismos. Lo más seguro, sin embargo, es que ellos retuvieran parte de su flota como reserva. Si esto es así, podemos despedirnos ahora mismo de nuestros proyectos de invadir a Urano.

Fidel Aznar contempló en silencio la desmadejada figura de su amigo y protector.

-¿Cómo pudo ser eso? -preguntó.

Corona contestó con acento dolido que los "sadritas" habían lanzado al ataque una fuerza evaluada en dos veces el número de los efectivos valeranos. La Armada Sideral valerana no hubiera sobrevivido jamás al primer choque con esta formidable flota sin la eficaz ayuda que aportaron las defensas exteriores del planetillo. Las baterías de proyectores de "luz sólida" de la corteza de "Valera" destruyeron positivamente tantos "Omegas" enemigos como la Armada Sideral valerana. El resto de la flota "sadrita" y la Armada Sideral valerana se destruyeron luego mutuamente en una batalla terrible, de la cual todavía se estaban librando en estos momentos las últimas escaramuzas en puntos del espacio muy diversos y distantes entre sí.

-La batalla quedó en tablas -aseguró el almirante Corona.

-Pero nosotros tenemos todavía la fuerza de Apoyo Táctico con sus dos mil millones de aparatos "delta" -apunto Fidel.

Y el almirante Corona contestó:

-¿Y qué son dos mil millones de "deltas" frente a los veinte mil millones que quizá posean los "sadritas" todavía?

-Yo creo que si los "sadritas" tuvieran veinte mil millones más de aparatos "omega" los habrían lanzado contra nosotros ahora mismo. ¿No es más probable que el enemigo reuniera todas sus fuerzas y las arrojara sobre nosotros en un único y desesperado intento por destruir nuestras defensas y proceder a la invasión de nuestro planetillo?

-Sólo el diablo sabe las ideas que pueden germinar dentro de esos asquerosos pulpos. Puede que lanzaran todos sus efectivos contra nosotros... y puede que no. En la duda, y en tanto no se demuestre que no poseen otra flota tan numerosa como la que acabamos de destruirles, vamos a virar en redondo y salir del Reino del Sol antes que puedan dirigir contra nosotros otro golpe tan rudo como el de hoy.

-¡Cómo! -exclamó Fidel Aznar -. ¿Renunciamos a nuestro proyecto de aniquilar a los "sadritas"?

-¿Qué crees tú que podemos hacer? La almirante Medina cree que debemos regresar inmediatamente a Redención.

-¿Sin comprobar siquiera el estado en que han quedado las fuerzas

del enemigo?

-No. Nuestro Estado Mayor ha hecho comprender a la señora Medina la necesidad de llevar a cabo una exploración preliminar antes de decidirnos a renunciar por completo a nuestro plan de invasión. Por eso te he mandado venir. La fuerza de Apoyo Táctico que tú mandas es ahora nuestra única fuerza sideral que todavía se halla en condiciones de cooperar. Por lo tanto, vas a volver inmediatamente con tu flota, te harás con ella al espacio y avanzarás sobre Urano. Si los "sadritas" cuentan todavía con fuerzas de reserva se apresurarán a saliros al encuentro. Si esto ocurre así te apresurarás a regresar sin presentar batalla.

-¿Eso es todo?

-Deberás esperar un rato mientras los pilotos fijan la posición que ocupará "Valera" en los próximos treinta días a partir de hoy. Eso te permitirá regresar a la base directamente o encontrarnos si el enemigo te obliga a dar un rodeo.

Fidel Aznar se mostró conforme y de acuerdo con este plan. Mientras aguardaban a que llegaran las cartas de navegación interestelar desde la cámara de derrota del planetillo, Corona empezó a hablar del descontento que en el seno del Estado Mayor General había producido, el descalabro de la Armada Sideral valerana.

-Si esa buena señora tuviera vergüenza y amor propio entregaría ahora mismo su dimisión y dejaría que las cosas volvieran al estado en que estaban antes de su llegada -acabó diciendo Corona.

En Fidel Aznar estas palabras de su amigo produjeron un leve sobresalto, ya que él creía que Corona conocía a la joven vicealmirante que estaba a su lado.

La señorita Urbizábal se puso intensamente colorada. El almirante Corona, sin apercibirse de ello, iba a continuar con sus insultos contra la persona de la Almirante mayor cuando Fidel le interrumpió con un ademán.

-Yo no creo que la señora Medina sea más culpable de esta derrota que el más inocente de nosotros -apuntó -. Buscar una cabeza de turco sobre quien cargar las culpas de todos es una costumbre tan antigua como la tradición militar de nuestro orbimotor. Siempre ha ocurrido igual en todas las épocas, y en ninguna de las veces anteriores fue tan flagrante la injusticia de esas acusaciones. Quizá cupiera culpar a nuestra Superalmirante del desastre de hoy si ella hubiera ordenado el ataque. Pero la almirante mayor no hizo en este caso más que contestar a la agresión del enemigo con todas las fuerzas que tuvo a su alcance.

-Con todas, no -repuso el almirante Corona, un poco sorprendido de la acalorada defensa del joven Aznar -. La fuerza de Apoyo Táctico bajo tu mando fue retenida en sus bases y no salió a combatir siquiera

cuando en lo más comprometido de la situación se hacía aconsejable que interviniera.

-No sabemos qué hubiera sido mejor -contestó Fidel -. Quizá hubiéramos perdido también estos dos mil millones de estupendos aparatos "delta". Ahora, al menos, contamos con ella y hasta es posible que nos baste para llevar adelante nuestro primitivo plan de proceder a la invasión de Urano.

-Me sorprende un poco tu actitud, muchacho -gruñó el almirante Corona con disgusto -. No hay nada que te obligue a defender a la señora Medina.

-Al defenderla a ella me defiendo en cierto modo a mi mismo. Si yo hubiera continuado en mi puesto de Almirante mayor ¿qué habrían dicho ustedes de mí a la vista de los desastrosos resultados de esta batalla?

El almirante Corona no acertó a contestar.

Fidel agregó:

-Posiblemente hubiera sido mía la cabeza de turco que habría rodado bajo la cólera del Estado Mayor General.

Corrido, avergonzado y desconcertado, el almirante Corona hizo un ademán ambiguo con las manos. La entrada en el despacho de un oficial con la carta de navegación interestelar evitó al almirante Corona el bochorno de tener que buscar justificación a sus acerbas críticas.

El almirante Aznar tomó la carta que le tendía su amigo y protector. Fue al despedirse cuando Corona pareció fijarse por primera vez en Sofía Urbizábal.

-No la recuerdo a usted, joven. ¿La conozco?

-No creo -repuso la vicealmirante Urbizábal -. Mi nombre es Sofía..., Sofía Urbizábal.

-¿Urbizábal?

-Urbizábal y Medina. Doña Sofía Medina, a quien usted acaba de cortar un traje aquí, es mi madre.

La magra faz del almirante Corona se cubrió de púrpura. A buen seguro que deseó que la tierra se abriera y le tragara en ese instante. Todavía estaba balbuceando entrecortadas excusas cuando la joven vicealmirante abandonaba el despacho siguiendo a Montalbán y a Fidel Aznar.

.

CAPITULO VII.

.

La fuerza de Apoyo Táctico no pudo salir al espacio antes de cinco

horas debido, entre otras cosas, a que muchos de los "discos volantes" que alojaban a los buques tenían avería en sus alvéolos o "tubos" de lanzar.

A bordo del crucero "Seúl", mientras esperaban a que los buques rezagados salieran al espacio y se reunieran con la flota, el Almirante jefe de las Fuerzas y sus ayudantes tomaban posesión de los camarotes que el comandante de la nave les había asignado.

Como todos ellos habían perdido sus efectos personales en el autoplaneta "Maracaibo", la toma de posesión no revistió mayor importancia de entrar en los camarotes y comprobar que las camas estaban realmente tan mullidas como cabía esperar.

Fidel Aznar, que no había pegado ojo ni descansado un momento desde 48 horas antes, decidió esperar acostado a que la Fuerza se anunciara lista para zarpar.

Un ordenanza entró a despertarle.

-Señor, todos los buques están ya en el espacio listos a zarpar.

-Llame al almirante Montalbán, haga el favor.

-El almirante está durmiendo. ¿Debo despertarle?

Fidel Aznar tuvo tanta consideración para el descanso de Montalbán como le hubiera gustado que los demás la tuvieran para el suyo.

-No, no le despierte. Haga venir a la vicealmirante Urbizábal... si es que está levantada.

-Sí, señor. La almirante Urbizábal está levantada -aseguró el ordenanza.

Poco después la señorita Urbizábal entraba en el camarote.

-Vicealmirante ¿querrá usted cumplir en todos estos fastidiosos requisitos y ordenar en mi nombre que nos pongamos en marcha? Ya sabe, destino Urano.

Sofía Urbizábal asintió, y ya iba a salir del camarote cuando volvió atrás y dijo, clavando sus hermosas y graves pupilas en el rostro de Fidel:

-Almirante. Cuando en el despacho del almirante Corona defendió usted tan calurosamente el prestigio de mi madre ¿lo hacía solamente porque yo estaba allí... o porque cree realmente que sea injusto culparla a ella del revés que hoy sufrimos?

La pregunta pilló desprevenido a Fidel Aznar, el cual tuvo que reflexionar unos momentos antes de contestar:

-Sigo creyendo que nuestra Almirante mayor debió movilizar todas nuestras fuerzas siderales, incluida esta flota de "deltas" que permaneció intacta todo el tiempo. Un solo millar de aparatos, y con mayor razón dos mil millones de ellos, pueden bastar para decidir la victoria inclinando la balanza a nuestro favor si esa balanza está equilibrada. Es posible que, dadas las azarosas circunstancias que se

dieron en esa batalla, dos mil millones de aparatos no decidieran nada a favor de ninguno de los dos bandos. Sin embargo, su madre de usted debió ordenar la intervención de esta Fuerza. No hacerlo fue un error que indudablemente le costará caro.

Ya verá cómo nuestro Estado Mayor General da más importancia a ese pequeño error a medida que pasan los días, y es seguro que acabarán por exigirle a nuestra Superalmirante que presente la dimisión.

-En cuyo caso -dijo la joven con acento rencoroso - será usted quien la sustituya en el puesto de Almirante Mayor.

-Es posible -repuso Fidel sin inmutarse -. Y no crea que me haría muy feliz ser objeto de tan honrosa deferencia. Las satisfacciones que ofrece la jefatura suprema de nuestro orbimotor, raramente compensan los disgustos que proporciona. Nosotros, los Aznar, sabemos algo de eso por propia experiencia.

Sofía Urbizábal pareció meditar profundamente durante unos instantes.

-La gente es odiosamente envidiosa y malintencionada en todas partes -comentó. Y luego preguntó -: ¿Tendrá el Estado Mayor General de "Valera" atribuciones bastantes para destituir a mi madre de su puesto?

-No lo creo. En circunstancias normales, nuestro Estado Mayor actúa como Junta Militar con atribuciones para destituir y nombrar nuevo Superalmirante. Sin embargo, su madre de usted fue nombrada por orden directa del Gobierno de Redención, de manera que sólo una orden en contra del mismo Gobierno puede destituirle.

Sofía Urbizábal asintió con mudos y profundos movimientos de cabeza. Luego dijo:

-Los altos jefes valeranos debieran no olvidar eso al hablar de forzar a mi madre a presentar su dimisión. Ella jamás renunciará por su propia voluntad a esta jefatura. Estoy segura.

Fidel Aznar la miró un poco sorprendido.

-¿Representa tanto para su madre sostenerse en su puesto, pese a quien pese? -preguntó.

-Mucho.

-¿Por qué?

-Es algo difícil de explicar -murmuró la joven mirando a un punto indeterminado del piso -. Ella; es decir, mamá... estuvo en otro tiempo enamorado de un Aznar. ¿No lo sabía usted?

Fidel, que hasta entonces había permanecido apoyado sobre su codo, se incorporó en la cama quedando sentado y parpadeando como quien ve visiones.

-¡Caramba! -exclamó -. No. Eso no lo sabía yo. ¿Quien fue él?

-Su padre de usted, don Miguel Ángel Aznar. Fidel juntó los labios

como para proferir un silbido de asombro que no llegó a articular.

-¡Calle! -exclamó pegándose con la palma de la mano en la frente -. Deje que recuerde. Yo había visto antes la cara de doña Sofía en alguna parte, pero no sabía dónde. ¿Pudo ser en el álbum de fotografías familiares? Sí, eso es... ¡una vieja foto de papá con el abuelo y una joven oficial de la Armada Terrícola hecha después de regresar de una acción de comandos del satélite Oberón!

-Exactamente -dijo Sofía Urbizábal esbozando una sonrisa -. La misma fotografía obra también en el álbum de viejos recuerdos de mamá.

-Demonio..., demonio -murmuró Fidel -. ¿De manera que doña Sofía estuvo enamorada de papá? ¿Lo supo el alguna vez?

-Sin duda lo sabía. Fueron novios e incluso parece, probable que se hubieran casado a no surgir un inconveniente de última hora. La familia de mamá; sus padres, sus hermanos y todos sus demás parientes, habían decidido seguir la ruta de Redención, mientras que los Aznar optaron por la heroica resolución de marcar a los planetas Thorbod en busca de una nueva patria. Esto ocurría en aquellos trágicos momentos en que nuestros padres, obligados por los "sadritas" a buscar la salvación en la huida, se disponían a abandonar el Reino del Sol para enfrentarse con un futuro incierto y lleno de peligros. Mamá tuvo miedo en el último instante... no fue lo suficiente valerosa para seguir a Miguel Ángel Aznar y abandonar a sus padres y hermanos en la seguridad de que no volvería a verles jamás. Miguel Ángel, su novio, no quiso renunciar tampoco al calor de los suyos, y el resultado fue que ambos se separaran tomando distintos y opuestos caminos.

-Curiosa historia -murmuró Fidel -. Nunca había oído hablar de ella.

-Mamá, en cambio, nunca la olvidó. El recuerdo de aquel amor perduró en ella al través de los años. Nunca le perdonó a su novio aquel abandono..., aquella preferencia que él demostró por seguir a los suyos, sacrificándola a ella y a su amor. Con el tiempo, este resentimiento se convirtió en mamá en acerbo odio. No odio contra aquel hombre solamente, sino contra todos los Aznar en general, contra aquella familia que le arrebató al hombre que ella amaba, contra aquel fabuloso autoplaneta "Valera" que era en el fondo el causante de su desgracia..., la verdadera razón que atraía a los Aznar hacia los lejanos mundos donde "Valera" debía encontrarse en aquellos momentos... ¿Comprende ahora? ¿Comprende el interés de mamá en quitarle a usted de la comandatura suprema del autoplaneta? ¿Se da cuenta de hasta qué punto detesta ella esa casta de caudillos aferrados a su histórica tradición de capitanes de "Valera"?

Fidel Aznar asintió con mudos movimientos de cabeza.

-Lo comprendo -dijo -. Y crea que compadezco con el alma a su

madre. Las personas que viven sólo para el rencor y el odio son siempre desgraciadas.

El bello rostro de Sofía Urbizábal mostró ahora preocupación.

-Usted, naturalmente, no hablará a nadie de esto ¿verdad? Mamá ignora hasta qué punto he analizado sus sentimientos llegando a la conclusión de la injusticia de su rencor contra ustedes.

-¿Así, reconoce usted que ese aborrecimiento no es justo?

Sofía Urbizábal se ruborizó.

-Yo creo que si ella amaba realmente a don Miguel Ángel debió unir su suerte a la de él y seguirle a donde fuera.

-Eso mismo estaba pensando yo.

La vicealmirante Urbizábal sonrió débilmente iniciando un movimiento de retroceso hacia la puerta del camarote.

-Bueno -murmuró -. Creo que ya va siendo hora de que salga a dar esa orden de partida. Discúlpeme si le he aburrido con mis confidencias. Yo..., yo sólo trataba de justificar en cierto modo a mamá, de que la perdonara usted ¿comprende?

-No tengo nada que perdonar a su madre, señorita Urbizábal. Ella no me ha hecho ningún daño... todavía. Quizá el único daño se lo esté proporcionando ella misma, y eso es lo verdaderamente lamentable.

-Sí -murmuró Sofía pensativamente -. Sí. Perdone por todo. Hasta más tarde.

Ella salió apresuradamente y Fidel Aznar se quedó mirando como hipnotizado a la puerta que acababa de cerrarse. Le había impresionado la romántica historia de doña Sofía Medina. Le impresionó de tal modo que no pudo volver a conciliar el sueño, por más que lo intentó.

Trataba de imaginar la emoción y angustia de aquel momento en que su padre y doña Sofía se despidieron a punto de tomar distintos y opuestos caminos hacia mundos diferentes y enormemente lejanos. Uno de los dos había regresado al cabo de los siglos al mismo punto de donde partió. El otro había muerto en el camino. ¿Qué hubiera ocurrido si don Miguel Ángel hubiera llegado al "Reino del Sol", encontrándose aquí con su antigua novia convertida en comandante de la Flota Sideral redentora?

Fidel empezó a dar vueltas en su imaginación a las distintas posibilidades que se le ocurrían, lo cual le distrajo y le desveló durante un par de horas, hasta que finalmente se durmió.

La flota llevaba varias horas de navegación sideral cuando él se levantó. En la cámara de derrota salió al almirante Montalbán. La señorita Urbizábal habíase retirado a descansar. El recuerdo de la conversación sostenida horas atrás con la muchacha perduraba en la memoria de Fidel Aznar.

Cuando finalmente ella apareció en el comedor, Fidel la miró de

manera distinta, como a una vieja amistad. Ella le dedicó una amable sonrisa, pudiendo decirse que éste fue el principio de la franca y leal amistad que entre ambos surgiría.

La vida a bordo de los buques era monótona y aburrida. Fidel Aznar y Sofía Urbizábal tuvieron ocasiones de sobra para charlar de sí mismos y de todas las demás cosas relacionadas con sus gustos personales. Fidel halló que existían numerosos puntos de contacto entre ambos, lo cual no dejaba de ser extraordinario siendo ella una redentora y él un hombre nacido en "Valera".

Entre los varios pretextos ideados por Fidel Aznar para romper la monotonía de aquellos días de navegación se contó la invitación que hizo a todos los almirantes de la flota para que comieran en su compañía a bordo del buque insignia de la Fuerza.

Se contaba entre estos invitados de Fidel, un cierto almirante Urbizábal a quien Sofía presentó como hermanastro. Luis Urbizábal, hombre serio y gran conversador, resultó una persona agradable con la que Fidel trabó al punto relaciones de buena amistad.

Sofía Urbizábal no estuvo siempre presente durante las conversaciones entre su hermanastro y Fidel. Fidel pudo saber por conducto de su nuevo amigo gran número de detalles complementarios que le ayudaron a formar la imagen de doña Sofía Urbizábal.

Al parecer, y durante el viaje de los exilados terrícolas a Redención, el almirante Urbizábal había tenido por ayudante a la joven Sofía Medina. Urbizábal era ya viejo entonces y acababa de enviudar. Antes que la Flota de exilados llegara a Redención, el viejo almirante Urbizábal casó con doña Sofía Medina.

Los hijos del almirante, grandullones la mayoría de ellos, no vieron con buenos ojos ese tardío y desigual enlace. De todos eran bien conocido, y ella no se descuidaba de ocultarlo, que Sofía Medina iba al almirante Urbizábal atraída por la ambición y el afán de distinciones personales.

-Papá -aclaró aquí Urbizábal - era entonces el almirante jefe de toda nuestra Flota de autoplanetas en marcha hacia el exilio.

Urbizábal, que no veía tara ni defecto en su joven esposa, favoreció a ésta cuanto pudo, en ocasiones en flagrante abuso de su influencia. Sofía Medina era ya vicealmirante cuando la Flota rindió viaje a Redención.

El gobierno redentor, al tener noticias del desastre ocurrido en el Reino del Sol con la invasión de los Hombres de Titanio, dispuso el inmediato envío de una Armada Sideral que puso a las órdenes del viejo y prestigioso almirante Urbizábal.

-Papá tenía entonces ciento sesenta años, empezaba a chochear y no parecía probable que pudiera resistir la larga travesía del espacio y

llegar vivo al Reino del Sol. Sus hijos le aconsejamos que desistiera de emprender esta aventura, pero él insistió... o insistió doña Sofía Medina, para ser más exacto. Ella, naturalmente sabía que papá iba a venir al encuentro de Valera con una orden tajante de relevo para quienquiera que fuese el actual comandante del orbimotor. Ella echó sus planes y calculó que si durante el viaje conseguía el segundo puesto en nuestra Flota y el almirante fallecía, ella sería una sucesora y heredaría con el cargo y el prestigio de papá la facultad de poder destituir al comandante de "Valera" y colocarse limpiamente en el más alto puesto que ha existido jamás en las Fuerzas Armadas de la Confederación de Planetas Terrícolas. Y se salió con la suya.

Fidel Aznar, consideró largamente las palabras de su amigo tratando de buscar en ellas un atisbo de rencor vengativo. La verdad era que el almirante Urbizábal no era hombre capaz de mentir sólo por darse el gusto de desprestigiar a un enemigo. Urbizábal, pese a todo, no sentía rencor contra su madrastra. Aunque Sofía Medina llegó hasta su padre atraída solamente por la ambición. Urbizábal reconocía que ella se portó bien en todo momento contribuyendo a la felicidad del viejo almirante. -Esto es tanto más importante cuanto que ella, en realidad, fue una desdichada -terminó asegurando el almirante Urbizábal.

Fidel Aznar se abstuvo de hablar de todo esto a Sofía Urbizábal, por temor a que la joven lo tomara a mal y se enemistará con su hermanastro.

Mientras tanto, la Fuerza de Apoyo Táctico progresaba día tras día en su recorrido a través del vacío interestelar y se aproximaba a Urano. El planeta era ya visible sin la ayuda del telescopio. Con el periscopio electrónico de a bordo, Fidel podía ver también las lunas de Urano.

La flota redentora no había avistado hasta entonces un solo aparato enemigo. Esta falta de actividad sadrita tuvo un paréntesis poco después con la aparición de una escuadra de algo más de un millar de "omegas" que se aproximaron con la evidente intención de estudiar a los terrícolas. Fidel ordenó lanzar inmediatamente dos torpedos de su propio crucero conteniendo cada uno un millar de cazas "delta" previamente reducidos al tamaño de una caja de cerillas.

Los torpedos, al salir al espacio, explotaron desparramando cada uno un millar de estos cazas -miniatura, los cuales empezaron a chisporrotear instantáneamente dando lugar a la curiosa metamorfosis que les convirtió en aparatos de seis metros de longitud. Los "deltas", apenas terminada su metamorfosis, se pusieron en marcha y empezaron a actuar por propia cuenta si bien que vigilados por radio desde el mismo buque que los había lanzado. Los dos mil "deltas" dieron inmediata cuenta de los “omegas" sadritas, a los cuales

destruyeron en cuestión de minutos.

Fidel Aznar no las tenía todas consigo y ordenó el despliegue de todas sus fuerzas de combate.

Cada crucero sideral lanzó al espacio diez andanadas de diez torpedos cada uno; total, 100 torpedos, con 100.000 "deltas" cada uno.

Como los buques de la Fuerza eran veinte mil y cada uno de ellos puso en el espacio cien mil de aquellos aparatos, la cifra total de cazas se elevó en unos minutos a dos mil millones de cazas que inmediatamente se pusieron a volar en correcta formación por delante de los veinte mil cruceros que les guiaban desde atrás.

El Almirante Aznar contempló no sin orgullo aquel enjambre de raudos aparatos. La Fuerza de Apoyo Táctico Especial no podía compararse en potencia a los doce mil quinientos millones de "omegas" que la Armada valerana había poseído hasta pocos días antes y a Fidel le cupo el orgullo de mandar. No obstante lo cual, el joven almirante se sentía más ligado por el afecto a esta "pequeña" Fuerza de lo que estuvo respecto a la formidable Armada Valerana. En "Valera" Fidel habíase sentido poco menos que una figura decorativa, con un mando más nominal que efectivo sobre una Armada que él no podía mover sin el consejo y la aprobación de su Estado Mayor.

Aquí, Fidel Aznar era el verdadero jefe de esta Flota. Podía mandar a su antojo, era auténticamente "suya".

En las diez horas siguientes, mientras la Fuerza se acercaba a Urano frenando el considerable impulso adquirido durante aquellos días de vuelo, el almirante Aznar dispuso que todo el mundo vistiera su armadura y escafandra de vacío, que cada tripulante ocupara su puesto y que todos estuvieran alerta en prevención a cualquier desagradable sorpresa del enemigo.

-Yo me sentiría más tranquilo si al menos avistáramos alguna fuerza enemiga de 500 ó 600 millones de aparatos -rezongaba el almirante Montalbán -. Me cuesta creer que los "sadritas" hayan perdido hasta el último de sus aparatos en el ataque que lanzaron contra "Valera".

A Fidel también le sorprendía esta falta de aparatos enemigos en los alrededores de Urano.

-¿Quién sabe? -murmuró -. Quizá el enemigo posea todavía algunas fuerzas, aunque no tan numerosas como las nuestras.

-A mí -decía la vicealmirante Urbizábal - este silencio me huele a chamusquina. ¿Y si los "sadritas" nos hubieran preparado una trampa haciéndonos creer que podemos llegar impunemente hasta Urano?

Las horas fueron transcurriendo y el gigantesco Urano, en cuya esfera podrían caber setenta globos como la tierra, iba creciendo constantemente ante los suspicaces ojos de los terrícolas. Fidel Aznar se preguntó qué medida de precaución cabría tomar para evitar una sorpresa de parte del enemigo.

-La verdad es que no veo otra forma de saber lo que se proponen los "sadritas" que acercándonos allá y ver por nuestros propios ojos lo que ocultan en su planeta.

Al acercarse más a Urano descubrieron que la coloración de éste correspondía a un verde oscuro que el análisis espectroscópico señaló muy rico en clorofila. El almirante Aznar decidió dar una vuelta rodeando al planeta y destacar una patrulla exploradora para que se acercara a la superficie de aquel mundo. La exploración se realizó de esta original manera:

En uno de los compartimientos del crucero "Seúl", distinto de la cámara de derrota, un oficial que estaba sentado ante un tablero que contenía un centenar de clavijas y pequeñas luces de color ambarino aisló electrónicamente un centenar de cazas de los que regían bajo su control y se puso a darles órdenes de viva voz.

-Viren noventa grados a babor y desciendan cuarenta y cinco grados. Conecten pantalla televisión.

El oficial miró a una pantalla de radar y allí se cercioró de que un centenar de puntos luminosos que se destacaban del resto de la formación alejándose hacia la izquierda. El oficial movió entonces un botón de un televisor que tenía a su derecha y en la pantalla apareció el oscuro disco de Urano. Esta pantalla estaba conectada con una cámara tomavistas situada en la proa de uno de los cien cazas destacados.

Cuando Fidel Aznar entró en la pequeña cabina acompañado de Montalbán y Sofía Urbizábal, la densa masa de color verde oscuro estaba mucho más cerca revelándose como una especie de polvo en el que los "delta" se hundieron al cabo de unos instantes. Durante unos minutos, la pantalla de televisión no mostró nada excepto una masa de color verde que parecía arremolinarse enfrente del aparato situado a un millón de kilómetros de distancia.

Al cabo de unos momentos, el verde oscuro de la pantalla empezó a aclarar y, casi de repente el suelo de Urano apareció ante las absortas miradas de los silenciosos hombres, que se encontraban en la cabina.

Era muy escasa la luz que llegaba hasta la superficie de Urano a través de la compacta nube verde oscuro de aquella materia flotante que Fidel Aznar no pudo identificar. La irradiación solar era en Urano cuatrocientas veces más débil que en la Tierra en épocas normales; es decir, antes que los sadritas provocaran la transmutación del Sol metálico que alumbraba los días de la Tierra en un sol de Helio altamente perjudicial para las criaturas de carbono que en otros tiempos habitaran aquellos mundos. En la actualidad, la erupción solar era cuatro veces menor que la antigua, de tal manera que la irradiación debería de ser en Urano aproximadamente cien veces mayor que en la Tierra en épocas normales.

La nube verde que flotaba en la atmósfera de Urano interceptaba en gran parte los rayos solares y la luz sobre la superficie del planeta no llegaba apenas a la difusa claridad que antecedía el alba en el planeta Tierra.

En la pantalla de televisión las imágenes continuaron siendo confusas durante unos minutos mientras los aparatos portadores de la cámara televisora continuaban descendiendo. Al cabo, las imágenes fueron haciéndose más precisas, y del fondo caótico de sombras fueron surgiendo los perfiles de una playa donde batían tas olas de un gran océano.

-¡Vaya! -Exclamó el almirante Montalbán -; Urano ha cambiado bastante su fisonomía desde la última vez que lo vieron nuestros pecadores ojos. Antes, en Urano no existían sino lagos de lava y de fuego.

Mientras esto decía Montalbán, unos dardos luminosos brotaban del horizonte y se movían como rígidas barras amarillas en busca de los cazas redentores.

-¡Cuidado! -advirtió Fidel.

-¡Desciendan a 200 metros! -gritó el oficial de control ante él micrófono.

Pero los dardos luminosos alcanzaron a los cazas redentores antes que la voz de su oficial salvara el millón de kilómetros que les separaban de la superficie de Urano y los "cerebros electrónicos" de aquellas aeronaves pudieran reaccionar moviendo los mandos en obediencia fiel a la orden recibida.

La pantalla de televisión quedó a oscuras y en el monstruoso tablero de instrumentos del oficial de control una de las luces ambarinas brilló con resplandores rojos anunciando el fin de aquellas máquinas.

-Se acabó -dijo la vicealmirante Urbizábal -. Los "sadritas" nos derribaron los cien cazas.

El Almirante Aznar quedó unos momentos pensativo y luego ordenó:

-Mande allá otra patrulla de exploradores; mil aparatos otra vez, y ordéneles que abran sistemáticamente el fuego contra todo objeto metálico que registren en sus pantallas de radar.

La flota siguió girando alrededor de Urano manteniéndose a la distancia de un millón de kilómetros, mientras el oficial de control destacaba un millar de cazas que inmediatamente pusieron proa a Urano.

Descendiendo como centellas sobre la superficie del planeta, los "deltas" registraron en sus pantallas de radar todos los objetos metálicos que encontraban en el suelo, mucho antes de que llegaran al alcance eficaz de los rayos de "luz sólida" de los "sadritas".

Esta vez los proyectores de los "sadritas" no salieron a interceptar el vuelo de los meteóricos "delta" valeranos. Los mil cazas barrieron con sus 100.000 dardos luminosos un amplio sector de la zona situada inmediatamente debajo de ellos. La flotilla exploradora cruzó como proyectiles la densa nube verde -oscuro que envolvía el planeta.

Los cazas redujeron entonces su velocidad casi hasta cero y en la pantalla de televisión, a bordo del crucero "Seúl", el almirante Aznar pudo ver una serie de extrañas edificaciones dispersas en una amplia área y ordenadas con cierta simetría, como pertenecientes a una ciudad.

Los terrícolas no sabían en verdad cómo vivían los hombres de Titanio, ni si éstos estaban organizados social y económicamente según los hombres humanos. No obstante, si hasta las hormigas, las abejas y otros insectos se organizaban en colonias, no había razón para temer que el "sadrita" dotado de una inteligencia superior viviera a estilo salvaje campando por sus respetos en vez de vivir en comunidad según era lo lógico y normal en las criaturas dotadas de superior inteligencia.

El almirante Aznar no dudó un instante que aquello fuera una ciudad sadrita. Para convencerse de ello ordenó a la patrulla exploradora que tomara algunas fotografías desde el aire y luego les ordenó regresar justo a tiempo que empezaban a surgir de la supuesta ciudad y a proyectarse en el aire varios millares de rayos luminosos que por la delgadez parecían provenir de pistolas -linterna u otras armas ligeras del enemigo.

Dos horas más tarde el almirante Aznar y sus colaboradores examinaban las fotografías tomadas automáticamente por los cazas exploradores. La aglomeración de edificaciones pertenecía sin género de dudas a una ciudad "sadrita" y las sucesivas ampliaciones a que se sometieron las fotos demostraron que 61 enemigo no tenía baterías defensivas de proyectores en las inmediaciones de su ciudad.

-¿No es extraño que los sadritas hayan dejado indefensas sus poblaciones? -murmuró Sofía Urbizábal.

-Quizá ellos se sintieran seguros con la fuerza de choque que presentaba su Armada Sideral -contestó Fidel -. Al fin y al cabo, los sadritas ignoraban tantas cosas de nosotros como nosotros ignoramos de ellos en la práctica.

Fidel quedó unos momentos pensativo y luego añadió:

-¿Quién sabe si en la prodigiosa mentalidad de los sadritas no cabrá la idea de que fuéramos tan estúpidos como para volver en busca de la revancha? puede que ellos sean más prácticos que nosotros y se dijeran que, puesto que estos planetas han quedado inhabitables para nosotros después de la transmutación solar, no merecía la pena molestarse en venir a pelear por ellos.

-Es posible, sí -murmuró Sofía Urbizábal. ¿Quién de nosotros es capaz de penetrar en la extraña mentalidad de estas criaturas?

-Yo creo que si los "sadritas" hubieran esperado nuestro regreso más pronto o más tarde, no habrían construido sus ciudades en la superficie de Urano, donde pueden ser fácilmente destruidas por nuestros rayos de luz, nuestros rayos "Z" y nuestras bombas atómicas.

-Vamos a bajar con todas nuestras fuerzas y a sacudirles fuerte a esos pulpos -dijo Fidel Aznar -. Espero que así podamos obtener mayor información.

Poco después, los 22.000 cruceros siderales y los 2.000 millones de cazas tripulados por "cerebros electrónicos" descendían sobre Urano y ponían en acción sus 200.000 millones de rayos sólidos, barriendo literalmente y acribillando de agujeros todos cuantos objetos metálicos atraían la suspicaz atención del radar.

Esta vez, los 20.000 cruceros descendieron en pos de su fuerza de vanguardia y atravesando la extraña nube verde -oscuro que envolvía al planeta se inmovilizaron sobre la ciudad para dejar caer unas cuantas bombas atómicas, que bastaron para borrar aquella ciudad de la faz de Urano.

El éxito tan fácilmente conseguido envalentonó al almirante Aznar, el cual dio orden de continuar el vuelo sobre la superficie de Urano en busca de nuevos objetivos sobre los que descargar toda la furia vengativa que el pueblo, terrícola albergaba en su alma desde mucho tiempo atrás.

La "caza" enemiga, si existía todavía en Urano, no dio señales de vida. En distintos lugares y siempre de forma esporádica centellearon algunas baterías de proyectores que inmediatamente fueron aniquiladas por los redentores. Durante veinticuatro horas la Fuerza de Apoyo Táctica corrió de un lado para otro arrojando bombas y sometiendo a todo cuanto encontraba a una aterradora lluvia de rayos perforantes.

¿Estaban realmente los sadritas inermes frente a la cólera vengadora de los terrícolas?

Después de veinticuatro horas de asolar ciudades enemigas, el almirante Aznar ordenó el inmediato regreso de la Fuerza a "Valera". Si los "sadritas" carecían de fuerzas defensivas como él creía, el Ejército Autómata Expedicionario de los redentores no debía perder minuto en desembarcar sobre Urano. Aún así, la invasión de Urano y la aniquilación total y definitiva de los hombres de Titania no era tan sencilla como parecía a simple vista. Bastaba considerar que Urano era un mundo enormemente grande, y que los terrícolas tendrían que ocuparlo "todo" y registrarlo palmo a palmo dando feroz persecución a los sadritas y capturándoles uno a uno hasta asegurarse de que éstos habían dejado de existir como nación organizada. Y aun entonces,

habría de quedarse destacadas en Urano por muchos años gran número de fuerzas destinadas a impedir que los "sadritas" se reprodujesen y volvieran a ocupar aquel mundo.

Todo esto, sin contar en la posibilidad nada remota de que los "sadritas" hubieran ocupado y habitaran también los otros colosos del Sistema Planetario Solar: Júpiter, Saturno y Neptuno.

Satisfecho del resultado de su raid, aunque en modo alguno excesivamente optimista en cuanto a la tarea que todavía les faltaba por hacer, el almirante Aznar emprendió seguidamente el regreso a su base.

.

CAPITULO VIII.

.

Aunque sólo había empleado dos semanas en la travesía del espacio hasta Urano, la Fuerza de Apoyo Táctico Especializada hubo de invertir 25 días en el regreso hasta encontrar el Orbimotor mucho más allá de los límites del Reino Solar, hundido en la eterna penumbra de la fría y tétrica noche intersideral.

La Flota quedó "anclada" en una órbita de satélite alrededor del autoplaneta y el almirante Aznar, acompañado de Montalbán y de la vicealmirante Urbizábal, se embarcó en un aero-bote con el propósito de entrevistarse con el almirante Corona, con el cual habíase dado cita por radio.

Al volar en el aero-bote sobre la desolada superficie del planetillo, Fidel Aznar y sus ayudantes podían ver brillando aquí y allá gran número de reflectores que parecían estar moviéndose continuamente.

Allí, en las remotas lejanías del espacio adonde no llegaban los rayos del sol, los servicios de recuperación del Ejército valerano tenían que ayudarse de focos eléctricos mientras se dedicaban a la ardua tarea de recoger del polvoriento suelo de "Valera" los restos de las máquinas averiadas durante los combates de mes y medio atrás.

En la batalla tanto terrícolas como sadritas habían tenido cuantiosas bajas. La diferencia entre uno y otro bando consistía en que mientras los sadritas perdieron totalmente sus efectivos, los terrícolas pudieron recuperarlos y repararlos con vistas a una ulterior utilización.

Un largo tubo de unos cien kilómetros de longitud, condujo a los viajeros desde las inhóspitas soledades espaciales al riente mundo albergado en el corazón del autoplaneta. Nunca pareció a Fidel tan hermoso este mundo como después de las seis semanas vividas a bordo de un crucero sideral. El corazón del joven almirante saltaba de gozo en esta ocasión, aunque ello no se debiera posiblemente al

simple hecho de haber regresado a su patria.

En Nuevo Madrid, como en el resto de las ciudades que sobrevolaron a baja altura, la vida había recuperado por completo su normalidad, y los valeranos se desenvolvían en ella como si hubieran dejado de existir Urano, los "sadritas" y todo lo relacionado con esa abominable raza de criaturas extraterrestres.

En "Valera", sin embargo, no todo era normalidad y despreocupación.

Apenas desembarcaron en la azotea del Palacio Residencial, Fidel Aznar se tropezó con algunos viejos compañeros del Estado Mayor General que parecieron alegrarse mucho al verle de regreso. La situación de estos almirantes de la Armada valerana resultaba por demás chocante en estos momentos, sin excepción, eran almirantes de una armada inexistente.

Desembarazándose con una excusa de estos almirantes ociosos y ganosos de chismorreo, Fidel Aznar tomó con la señorita Urbizábal uno de los ascensores del edificio, dejando a Montalbán en animada conversación con sus colegas.

El ascensor descendió hasta las primeras plantas donde estaban situadas las oficinas del almirantazgo.

-Calculo que el almirante Corona y usted podrán hablar más a sus anchas sin mi presencia. Si no le importa me quedaré en el piso cuarenta y veré a mi madre -dijo Sofía Urbizábal. Y oprimió en el cuadro de botones el resorte correspondiente al piso cuarenta.

Los ascensores de Valera, como todos los del Palacio Residencial, funcionaban a enormes velocidades y disponían de un freno electrónico que empezaba a actuar bastante antes de que la cabina del ascensor se detuviera por completo. El resultado de la maniobra de la señorita Urbizábal fue que, estando el ascensor cerca del piso cuarenta, tuvieran que funcionar los frenos con desusada precipitación.

Antes de que los dos jóvenes se dieran cuenta de lo que ocurría, se vieron sentados en el piso de la cabina con cierta escocedura de posaderas y mirándose uno a otro con asombro.

De pronto, los dos se echaron a reír. Fidel fue el primero en levantarse y tendió su mano para ayudar a la muchacha.

Sofía Urbizábal se puso en pie pero su mano quedó prisionera de las del almirante Aznar, el cual dejó repentinamente de reír mirándola al fondo de sus negras y aterciopeladas pupilas.

La mano de Sofía tembló entre las nervudas manos • varoniles. Ella dejó también de reír y su rostro adquirió de súbito una expresión de gran ansiedad.

-¡Sofía! -murmuró Fidel roncamente y la tomó entre sus brazos.

Sofía Urbizábal no se resistió a la caricia de los labios de su

superior jerárquico, antes bien, contestó a ella con el propio calor de sus besos para sorprenderse más tarde de su irreflexivo impulso.

La puerta del ascensor habíase abierto automáticamente y en la parte de afuera dos graves generales del Ejército Autómata estaban observando socarronamente a la pareja.

-¡Oh, perdonen ustedes! -balbuceó Fidel sintiendo que enrojecía hasta la raíz de los cabellos.

-De nada, joven... de nada -contestó con zumba uno de los generales.

Los dos jóvenes, mirando avergonzados al suelo, abandonaron el ascensor pasando ante los risueños y no poco divertidos generales. Estos se apresuraron a entrar en el ascensor y fue el rumor de la puerta al cerrarse el que hizo recordar a Fidel.

-¡Dios mío, pero si yo iba a otro piso!

Sofía le miró y de nuevo los dos se echaron a reír. Como antes en el ascensor Fidel le asió de una mano y se la apretó con fuerza.

-No sé por qué tengo la impresión de que debiera decir algo ahora... sólo que no se me ocurre nada. Yo... ¡bueno!, no cabe duda que estoy enamorado de ti. Quizá debiera haber preguntado antes si tú correspondes a mi amor como establecen los viejos cánones de la literatura romántica. Pero es que yo... ¡ejem!, temo que no sea muy romántico, ésta es la verdad.

-¿De veras? -preguntó ella levantando sus picarescas pupilas hasta las de él.

-Bueno, quiero decir que... no sabía que pudiera ser romántico hasta ahora.

-¿Lo sientes?

-¡Cielos, no! -protestó él acaloradamente.

-¿Entonces?

-¡Era inevitable que esto acabara así! Lo presentí hace seis semanas cuando íbamos a zarpar con destino a Urano. Tú... ¡Bueno, di de una vez lo que piensas!

Sofía Medina se ruborizó positivamente por la misma razón que durante siglos había hecho ruborizar a todas las mujeres al escuchar la confesión de amor del hombre que les gustaba.

-¡Tonto! ¿Necesitas en verdad que te conteste a ello?

Fidel Aznar la cogió por los brazos y se inclinó para besarla de nuevo.

-¡Por Dios, Fidel! ¿Qué crees que diría mi madre si en este momento apareciera por el pasillo y nos viera abrazados?

-¡Ah, tu madre! -rezongó Fidel. Y la soltó -. Verdaderamente, creo que debimos contar con ella antes de enamorarnos.

-¿Te preocupa lo que ella pueda decir?

-Sólo hasta cierto punto. Ya eres mayor de edad y bastante

grandecita para poder decidir por tu propia cuenta. No obstante, y siendo como eres tan respetuosa con tu madre, me figuro que a ti sí debe importarte lo que ella opine de nuestras relaciones.

-No te preocupes. Creo que podré arreglarlo. Ve ahora a hablar con el almirante Corona. Te llamaré a su despacho más tarde.

Fidel Aznar se encaminó hacia uno de los ascensores. La entrada que pocos minutos después hizo en el despacho del almirante Corona fue realmente impetuosa.

-¡Hola, viejo! -exclamó campechanamente. Y fue y se sentó en la mesa.

Don Abel Corona le miró no poco sorprendido, ya que en los años que trataba con el muchacho, justamente desde que éste todavía iba envuelto en pañales, jamás se había permitido Fidel un trato tan llano e irreverente.

-Apuesto a que traes muy buenas noticias de Urano -dijo el almirante Corona, ya que en su imaginación no cabía la idea de que no fuera otra causa la que motivara el extraordinario desparpajo de su discípulo y protegido.

-Excelentes -contestó Fidel. Y contó a Corona las experiencias que había obtenido de su razzia sobre aquel planeta.

-Es muy alentador saber que el enemigo ha quedado por lo menos tan descalabrado como nosotros después del ataque contra "Valera" -dijo Corona -. Claro que eso no es lo más importante por ahora.

Fidel le miró sorprendido, ya que creía que nada había más importante en aquellos momentos que destruir total y definitivamente a los "sadritas".

-Han ocurrido algunas cosas desde que tú te marchaste -le confió Corona -. Pese a las cosas que dijiste aquí poco antes de partir hacia Urano, el Estado Mayor General sigue creyendo que la señora Medina debe entregar la dimisión de su cargo antes de proceder a la invasión de los planetas "sadritas".

-Supongamos que doña Sofía se niega a dimitir. ¿Qué ocurriría? -preguntó Fidel -. El Estado Mayor no la nombró para este cargo y por lo tanto carece de facultades para destituirla.

-Hay muchas maneras de hacer que una Superalmirante renuncie voluntariamente a su cargo si todos los almirantes y generales de nuestras fuerzas se ponen de acuerdo y deciden hacerle la vida imposible.

-Sin duda, aunque tal proceder sea digno de nosotros, en momentos tan graves como éste. Yo creo que nada hay más importante que destruir al enemigo y que todo lo demás son nimiedades que pueden aguardar.

El almirante Corona no estaba de acuerdo con Fidel respecto a esto, creencia que dio lugar a una acalorada discusión. Corona estaba

intentando por todos los medios revocar la terca posición del joven cuando sonó el zumbador de un televisor y la imagen de Sofía Urbizábal apareció radiante de felicidad en la pantalla.

-¿El retoño de doña Sofía, eh? -gruñó el almirante -. Me hizo pasar un buen bochorno aquel día cuando...

Fidel Aznar se excusó con un ademán yendo hacia el televisor. Pulsó una palanquita y habló:

-¡Hola, nena! ¿Me puedes ver ahora? -Sube en seguida, Fidel. Mamá va a recibirte.

-¿Estás segura que quiere recibirme? -preguntó Fidel con estrañeza.

-Mejor aún que eso. Vas a comer con nosotras.

-¡Oh, bien! Subo ahora mismo.

La imagen de Sofía Urbizábal se desvaneció de la pantalla y Fidel se volvió hacia la estupefacta figura del almirante Corona.

-¿Qué significan esas familiaridades? -barbotó el irascible almirante -. ¿Es que se te han contagiado los modales que rigen en la Armada Redentora y anda todo manga por hombro en la fuerza de tu mando?

-No se trata de eso, don Abel -dijo Fidel recogiendo su gorra y echándosela sobre la coronilla -. Las familiaridades entre la vicealmirante Urbizábal y yo provienen de otra causa. Creo que voy a casarme con esa chica.

-¿Con la hija de doña Sofía Medina? -bramó el almirante.

Y Fidel contestó:

-¿Por qué no? Es una chica muy guapa, ¿no es cierto?

Y Fidel ya no escuchó la respuesta de su viejo amigo, porque había abandonado el despacho como un huracán y corría en busca de uno de los ascensores.

Breves minutos después entraba en el apartamento reservado como habitaciones particulares del Almirante Mayor de la Armada valerana. Sofía Urbizábal salió al corredor y le cogió una mano arrastrándole hasta el comedor. Fidel conocía perfectamente las dependencias de este apartamento, ya que había nacido en él y allí vivió hasta que la orden traída por doña Sofía desde los planetas redentores le obligó a abandonarlas juntamente con su título de "Superalmirante".

La mesa estaba ya preparada pero en el amplio comedor no había nadie excepto ellos dos.

-¿Y tu madre? -Ahora viene.

En efecto, doña Sofía Medina entraba en estos momentos en el comedor. Vestía como de costumbre su uniforme diario de Almirante de la Armada, el cual le sentaba maravillosamente bien y hacía parecer más esbelta su menguada estatura. Doña Sofía reconoció en seguida a Fidel y el verle allí pareció producirle enorme sorpresa.

-¿Usted, almirante Aznar? -Doña Sofía miró enojada a su hija y preguntó -: ¿Por qué no me advertiste que el señor Aznar estaba aquí,

Sofía?

La voz de la joven intentaba ser festiva, pero su rostro estaba ligeramente pálido cuando exclamó:

-¡Pero si ya te lo advertí, mamá! Este es el hombre de quien te hablé.

Una bomba cayendo a los pies de doña Sofía no hubiera dejado a ésta más paralizada que las inesperadas palabras de su hija.

-¿Estás bromeando? -inquirió mirando a Sofía. -No es broma, mamá. Fidel es el hombre a quien amo y con el que me voy a casar.

-¡Tú estás loca!

La prontitud y el acento con que la señora Medina pronunció estas palabras tuvieron el poder de despertar en Fidel Aznar un agudo prurito de amor propio. "¿Por qué loca?", se dijo. Y abría la boca para repetir esta pregunta en voz alta cuando doña Sofía le atajó con seco ademán:

-Mejor que no diga usted nada, señor Aznar. Este asunto es exclusivo de mi hija y mío. Si tuviera la bondad de retirarse...

-No voy a tener la bondad de retirarme, señora -contestó Fidel abruptamente -. Si para disuadir a Sofía tiene que insultarme a mí, prefiero quedarme y defenderme por mí mismo.

La Almirante Mayor le contempló retadoramente.

-Probablemente no va a poder rebatir usted ninguno de los cargos que he de hacer contra los Aznares en general.

-¿Por qué mezclar a todos los Aznares en una cuestión tan personal como la nuestra? -preguntó Fidel -. Diga lo que tenga que decir contra mí, y deje a los demás en paz.

-No es posible hablar solamente de usted sin mencionar a la progenie que le legó su desmedido orgullo.

No sólo son ustedes orgullosos, sino tozudos, obcecados, dominantes y odiosamente egoístas. Jamás daré mi hija a un hombre que, como todos los de su casta, estará pronto a sacrificarla por todas aquellas cosas absurdas que ustedes consideran inviolables y sagradas; verbigracia, el culto a su tradición histórica, sus deberes para con el autoplaneta "Valera", la prosecución de su glorioso caudillaje y la obligación de educar a sus hijos en toda la solemne tontería y rígida compostura a la que un Aznar se debe por su nacimiento y su predestinación a regir los destinos de su inevitable Orbimotor.

Fidel Aznar abrió la boca para protestar, pero doña Sofía le atajó secamente para decir:

-Déjeme que cabe de decirle lo que tengo que decir, señor Aznar. Es cierto, no tengo nada contra usted en este momento. Parece usted inteligente, es con toda probabilidad tan valiente como lo fueron todos sus antepasados y ni siquiera voy a poner en duda la sinceridad de sus sentimientos respecto a mi hija. No tengo nada de qué acusarle,

y eso es lo malo de los Aznar. Lo peor de ustedes lo llevan dentro, en esa maldita sangre rebelde y ciega a toda reflexión, siempre dispuesta a darse por las causas más absurdas y que ustedes consideran sagradas. Nada habría de malo en ustedes sin esa estúpida manía de creerse predestinados a acaudillar a las teatrales renuncias y sacrificios de que tan orgullosos se sienten. Todo esto está muy bien para ustedes, señor Aznar. Al fin y al cabo forma parte del mito fatalista que ustedes simulan soportar con resignación y estoicidad de ascetas. Pero no es lo que más conviene a una mujer que ama y considera a su amor antes que a todas las fantasías novelescas de sacrificios en pro de humanidades sojuzgadas, orbimotores "Valera" y tradición histórica. La historia de "Valera" es muy rica en héroes masculinos, pero sólo cita a las esposas de sus caudillos como instrumentos casuales para proporcionar hijos predestinados a ser héroes y sacrificar a su vez a madres y esposas.

Doña Sofía Medina se detuvo jadeante y Fidel preguntó:

-¿Supone usted a mi madre una desdichada por haber perdido a su esposo en un accidente de automóvil y ser madre del Almirante Mayor de las Fuerzas Expedicionarias Valeranas?

-Su gloria jamás igualará a la de su esposo y sus hijos.

-¿Y cree usted que eso puede importarle mucho a ella? ¿No se le ha ocurrido pensar a usted que ella pueda sentirse dichosa solamente con ver a los suyos cosechando honras y honores?

La almirante Medina miró al joven con desconcierto. Fidel prosiguió:

-En el supuesto de que usted hubiera seguido a mi padre hasta Nahum y hubiera llenado el puesto que hoy ocupa mi madre, ¿está segura que hubiera sido más desdichada de lo que fue siguiendo a los suyos hasta Redención y casándose con un hombre que no amaba, sólo por satisfacer su ambición y brillar más alto que cualquier Aznar?

Estas palabras hicieron en doña Sofía el efecto de una bofetada. Su tez, blanca de por sí, adquirió un tono lívido.

-¿De dónde deduce usted que yo fuera una desdichada renunciando al papel de esposa y mártir que me ofrecía su padre de usted? -exclamó.

Y Fidel contestó:

-Me consta que no fue usted feliz, como también que empezó a arrepentirse de su cobardía en el mismo momento que vio perderse en el espacio la nave que se llevaba a mi padre. La persuasión de ese tremendo error la persiguió a usted a través de todos esos años. Fue eso lo que le impulsó a casarse con el hombre más viejo, aunque también el más importante de las Fuerzas Siderales que volaban hacia Redención. Eso fue lo que le impulsó a volver y, en el fondo, no existe otra cosa que rencor contra mi padre en esta oposición suya a que

Sofía se case conmigo. Usted no perdonó jamás a Miguel Ángel que la dejara ir sola, escogiendo entre usted y su familia a la familia que tan injustamente aborrecía usted. Pero usted olvida o pretende olvidar que ése fue también su caso y que también prefirió seguir a los suyos a seguir al hombre que amaba. Durante todo ese tiempo ha estado usted mascullando su rencor, sintiéndose chasqueada, relegada a un lado por aquél que fue su primer amor. Cree que, de los dos, usted fue la única que amó con sinceridad y desinterés. Yo le digo, señora Medina: Si usted era la que amaba más, ¿por qué no se sacrificó la primera? ¿Por qué le dejo ir? ¿Por qué no lo siguió?

Doña Sofía Medina pareció deshincharse de pronto. Sus hombros se encorvaron y sus labios exangües temblaron convulsamente en tanto los ojos se le llenaban de lágrimas.

Inesperadamente giró sobre sus talones y huyó cubriéndose el rostro con las manos.

Fidel Aznar volvióse hacia Sofía Urbizábal.

-¿Crees que le he dicho cosas demasiado fuertes? -preguntó con acento compungido.

Sofía asintió con leve movimiento de cabeza.

-Sí. Creo que le has dicho cosas tremendamente fuertes para ella... pero que ya estaba haciendo falta que alguien le dijera de una vez.

-¿Cesará ella en su oposición o, por el contrario, me detestará ahora mucho más que antes?

Sofía Urbizábal tardó un minuto en contestar: -No lo sé, Fidel... No lo sé.

-¿Influirá mucho lo que tu madre opine en tu cariño, Sofía?

-Fidel -murmuró la joven con una débil y triste sonrisa -. Nada puede hacer que cambie mi amor por ti. No obstante...

-¡Qué!

-No podría casarme ahora contigo contra la voluntad de ella. Ella se sentiría entonces tremendamente desgraciada... Siempre en el fondo se ha sentido huérfana de afectos y comprensión. Su marido, demasiado viejo para comprenderla, se casó con ella más bien buscando cariño que ansioso de darlo. Sus hijastros nunca la quisieron. Y los amigos la criticaron y la envidiaron. Si yo que soy su única hija le volviera también ahora la espalda... no sé qué podría pasar.

Fidel Aznar entreabrió los labios para protestar, pero ella le atajó con un ademán:

-Creo que los dos podremos esperar un poco, ¿verdad?

-Pero esperar, ¿a qué?

-Pues... a que ella te conozca mejor, tal vez. A que vaya acostumbrándose a la idea de tener por hijo... ¿quién sabe? Mamá atraviesa ahora por una crisis nerviosa muy aguda. Esperaremos, ¿verdad?

Fidel Aznar abrió los brazos en ademán resignado.
-Vete ahora, Fidel -rogó ella empujándole hacia la puerta.
Fidel no entretuvo más que unos breves momentos en despedirse de su novia. Media hora después se encontraba solo a bordo de un aerobote volando sobre las exuberantes selvas de "Valera" en dirección a los montes Cárpatos valeranos.
En la casita de la montaña esperaba a Fidel una agradable sorpresa. Su hermano Miguel Ángel había regresado y se encontraba allí disfrutando de unas vacaciones desde tres semanas atrás.
Miguel Ángel, como oficial de la Armada Sideral valerana, había estado en lo más reñido de la batalla contra la flota sadrita y se encontraba vivo por puro milagro.
-Fue un solemne majadería de esa señora Superalmirante retener a vuestra Fuerza de Apoyo en sus bases en momentos en que un pequeño desequilibrio de fuerzas en nuestro favor hubiera decidido la batalla en el espacio -aseguró Miguel Ángel.
De su hermano, Fidel Aznar recibió directamente lo que era el sentir de los hombres y mujeres que integraban la desaparecida Armada Sideral Expedicionaria. Por una vez, al menos, la opinión de los modestos oficiales que constituían la mayoría gris sin voz ni voto en las decisiones del Alto Mando estaban de acuerdo con el parecer de los emperingotados señores almirantes. El descontento era general y, de hecho, la irritación de las tripulaciones era más peligrosa y explosiva que el malestar reinante en el seno del Estado Mayor General.
Porque los señores almirantes tenían mucho que perder en una supuesta rebelión contra la autoridad de la Almirante Mayor, pero sería muy difícil por no decir imposible, castigar a más de un millón de oficiales levantados en rebeldía contra su Jefe Supremo.
-No es que me importe mucho quién pueda asumir el mando del Autoplaneta -dijo Miguel Ángel -. Pero estoy seguro que si tú levantaras una voz en estos instantes, tendrías instantáneamente de tu lado a un millón de hombres y mujeres dispuestos a apoyarte.
-No hablemos de eso, Miguel Ángel -cortó Fidel Secamente -. Yo jamás daré esa voz.
Miguel Ángel Aznar se encogió de hombros.
Dos horas más tarde zumbaba el televisor de la casa y en la pantalla aparecía la imagen del almirante Corona en espera de que alguien contestara.
-¡Hola muchacho! -exclamó Corona apenas Fidel, tocó el mando que enviaba su imagen al receptor de Corona. La voz del almirante parecía tan henchida de satisfacción como la expresión de su noble rostro -. Ven en seguida a Nuevo Madrid. Han ocurrido cosas importantes.
Todavía bajo la desagradable impresión de la conversación

sostenida con su hermano, Fidel Aznar temió lo peor. Como un relámpago desfiló por sus ojos la visión de un millón de astronautas de la Armada valerana levantados en armas y pidiendo a gritos su restitución a la jefatura suprema de las Fuerzas Armadas Expedicionarias.

Y simultáneamente vio a otro millón de hombres y mujeres, todo el personal de la Armada redentora, corriendo a apretar sus filas en torno a la figura de su almirante; es decir, doña Sofía Medina.

Como los redentores tenían de su parte su Flota intacta, y era de tiempos inmemorables la armada quien había impuesto sus decisiones al resto de las Fuerzas Expedicionarias, Fidel vio también en un instante todas las dramáticas consecuencias que un levantamiento de los valeranos podía acarrear; luchas en las calles de las ciudades de Valera... ataques de la Flota contra los rebeldes... intervención del Ejército con sus millones de soldados robot.

-¡Corona! ¿Qué ocurre? -preguntó roncamente. -Alégrate, muchacho. Vuelves a ser el Almirante Mayor de nuestras Fuerzas Expedicionarias -exclamó Corona soltando una risotada - Fidel sintió que la sangre se le paralizaba en las venas.

-¡No me diga que se han levantado en armas contra doña Sofía! -rugió.

Y el almirante Corona contestó, con expresión sorprendida.

-¡Diablo, no! La propia Sofía acaba de presentar su dimisión.

-¿COMO? -aulló Fidel.

-Que acaba de entregarme su dimisión. Ven en seguida.

Anonadado, Fidel Aznar fue a dejarse caer en el diván contiguo al televisor. Miguel Ángel fue a darle una ruda palmada en la espalda.

-¡Enhorabuena, viejo! Anda, no pongas esa cara de idiota y vámonos para allá.

Minutos después los dos hermanos estaban volando de regreso a la capital. Ya desde el aire pudieron ver las calles de Nuevo Madrid repletas de una multitud apiñada que agitaba pañuelos y lanzaba rugidos de entusiasmo mientras avanzaba en dirección a la Plaza de España.

Miguel Ángel Aznar, que era quien pilotaba la aeronave, redujo la velocidad y abrió una portezuela dejando que el clamor de ocho millones de gargantas enardecidas penetrara en la cabina.

-¿Escuchas eso, hermano? Es a ti a quien vitorean... a nosotros; a los Aznar. ¿No sientes que se te pone la carne de gallina?

-Sí -contestó Fidel riendo nerviosamente para ocultar su emoción. Y agregó -: Ese debe de ser, como dijo doña Sofía, el mal peor de todos los Aznar. Siempre estamos demasiado pronto a emocionarnos por unos cuantos gritos y aplausos...

La "falúa" se posó en la terraza del Palacio Presidencial. Allí

esperaban a Fidel el Estado Mayor General en peso y otros muchos almirantes y generales de las Fuerzas Armadas Expedicionarias Combinadas.

Un atronador aplauso acogió a Fidel al saltar éste de la aerofalúa. Manos amigas estrecharon la suya. Le abrazaron, le estrujaron...

De pronto, un rostro pálido apareció entre los demás rostros sofocados y alborozados. Era Sofía Urbizábal.

Fidel corrió hacia ella y le cogió las manos.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué presentó tu madre la dimisión?

Sofía sonrió.

-Tu vapuleo surtió efecto. Mamá reconoció ante sí misma que había sido cobarde justo en el momento que debió ser valiente, y que la amargura de saber que lo fue ha sido la principal causa de su rencor contra los Aznar. Ahora está tranquila. Parece que le ha hecho un enorme bien ponerse en Paz con su conciencia... siquiera haya sido a costa de sacrificar su amor propio.

-Lo celebro mucho, querida... Lo celebro de veras. Más tarde iremos a hacerle compañíía. No quisiera que ella se sintiera sola ahora -dijo Fidel.

Y estrechó entre sus brazos a la joven.

A su alrededor atronaron los aplausos. De la calle ascendía como un incienso de gloria el murmullo de la multitud satisfecha y delirante. De nuevo un Aznar volvía a empuñar las riendas de aquella fabulosa máquina de destrucción y de justicia.

F I N.